

Entero en discórdia

Boatman

GALERIA DRAMATICA

DE

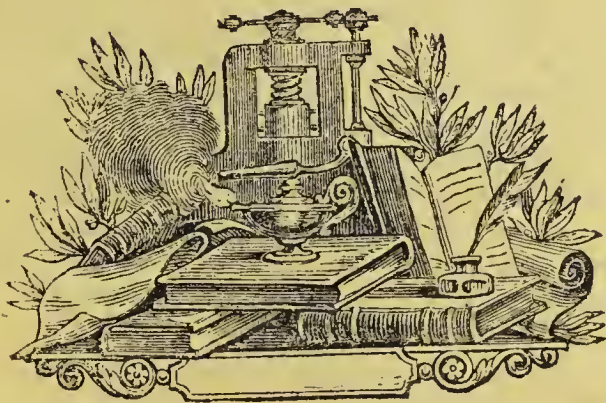
DON MANUEL PEDRO DELGADO,

en Madrid, calle de Jesus y Maria, n.º 4.

COMPRENDE

MUCHAS Y BUENAS OBRAS DE TEATRO,

ESCRITAS POR AUTORES DE CONOCIDA REPUTACION.



SE VENDEN AL POR MENOR EN MADRID

librerías de Cuesta y Rios.

Y en las provincias, á la vuelta se citan.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 1.º de Febrero de 1858.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar erran
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Alan de figurar.—A la una.—A la Zorra candila
Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.
fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Am
de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criado.—
de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor y
sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de
deron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.
de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobardo
mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el empl
Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara I
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—B
cas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Saucha.—Borrascas del
zon.—Bruja de Lanjaren.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con
zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Pa
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V e
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á
noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidades.
talina de Médieis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la ciegucecita.—Celos.—
infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revoluciona
Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío erra
Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.—
juracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y ceb
Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte.—
del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortezanos de don Juan II.—Crisol de la lea
Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuar
acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las ami
Cuñado.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Dese
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—D
vario de Luna.—Don Alvarò ó la fuerza del sínò.—Don Crisanto.—Don Fernando el de An
ra.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.
Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el
ro.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña
de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casade
Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padre
una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—D
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—Dios
ga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Em
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Es
de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas
cuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre t
Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Est
y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la calle.—E
del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Espiacion de un

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—
tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—F
Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra des
Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fra
de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—
peranza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—
laso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.
dolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillel
man.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar*

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—
ni, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija d
ro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.

4987

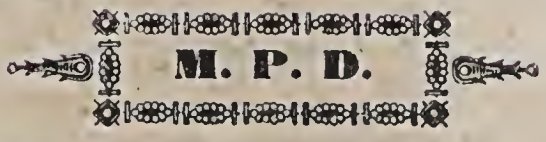
UN TERCERO EN DISCORDIA,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO



DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

Cava-baja, n.º 19, bajo.

Junio 1857.

PERSONAS.

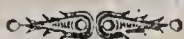
ACTORES.

LUCIANA. *Sra. T. Baus.*
DON SATURIO. *D. José García Luna.*
DON TORCUATO. *Sr. P. Montaña.*
DON RODRIGO. *Sr. R. Lopez.*
DON CIRIACO. *Sr. J. Galindo.*
NEMESIA. *Sra. D. Pinto.*

La escena es en Madrid. El teatro representa una sala.

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.



ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. (*Con papeles de música en la mano.*)

— NEMESIA.

Rodrigo. Oh respetable Nemesia!

Buenas tardes. Qué tal va?

Nemes. Me voy mejorando ya.

Me prueba bien la magnesia.

Rodrigo. Y don Ciriaco? Salió?

Nemes. Está durmiendo la siesta.

Bien haya cuando se acuesta!

Él duerme y descanso yo.

Rodrigo. Oigan! Tanto dá que hacer?

Nemes. Aun eso yo lo sufriera;

pero tiene por contera

un genio de Lucifer.

Rodrigo. Pues si parece un bendito!

Nemes. Con quien todo se lo aguanta,

mas conmigo... Virgen santa!

Pone en los cielos el grito.

Rodrigo. Ya; pero usted todo el dia

le está riñendo...

Nemes. Le riño;

:

pero por qué? Por cariño.
Rodrigo. Si tal; y por simpatía.
 Pero á qué fin hasta el alba
 contrariar al buen señor?
 Llévelo usted el humor,
 y será como una malva.
 Si ve usted que se sofoca
 cuando...

Nemes. Ay, señor don Rodrigo!
 Ese hombre acaba conmigo.

Rodrigo. Qué dice usted?

Nemes. Estoy loca.

Rodrigo. El celo en que usted se abrasa
 por su dicha...

Nemes. Claro está.

Cuarenta años hace ya
 que estoy sirviendo en su casa.

Siempre mi lealtad probó;

y si usted se lo pregunta

le dirá que su difunta

le amaba menos que yo.—

Con buen fin. No hay que pensar.

Pero es tan raro, tan plomo,

que á veces el pan que cómo

me lo vuelve rejalgar.

Jesus, qué hombre!

Rodrigo. Cierto es

que habla á veces, dando enojos,

con la boca, con los ojos,

con las manos y los pies.

Apenas dice un vocablo

sin hacer la pantomima,

y esto en verdad causa grima.

Nemes. Oh!

Rodrigo. Pero es un pobre diablo.

De sus mañas la peor,

aunque él obra sin malicia,

es cuando soba y desquicia

al pobre interlocutor.

Yo respetando sus canas

á sufrirle me someto;

que es hombre, y está sujeto

á las flaquezas humanas.

Nemes. No me enojan sus manías: las tolero con paciencia, y él tiene la impertinencia de no tolerar las mías.

Rodrigo. Es el amo, y no me espanto.

Nemes. Cómo se entiende?... Eso no. No hay mas amo aquí que yo.

Rodrigo. Ah!... Yo no sabia tanto.

Nemes. Sí tal; que no vale un cuerno sino es para hablar ese hombre; y si él es amo en el nombre... yo soy ama de gobierno.

Rodrigo. Sí; ya veo...

Nemes. En su servicio

no sin fruto encanecí.

Oh! Si no fuera por mí ya estaria en el Hospicio.

Yo arreglo el gasto diario, yo proveo la despensa, y sin otra recompensa que el miserable salario.

Yo, que lejos de sisar economizo en un pelo, no he de tener el consuelo siquiera de regañar?

Cuándo tiene pesadumbres sin que yo lllore y me aflija? —

No soy yo quien á su hija enseña buenas costumbres?

Yo le curo si está enfermo; que entiendo de yerbas algo; yo si él no sale, no salgo; yo si él no duerme, no duermo.

Yo doy parte al celador si muda de cocinera; yo pago á la lavandera, al casero, al aguador...

En los negocios mas graves, como soy discreta y fiel, nadie se entiende con él, sino con su ama de llaves.

Yo le repaso la ropa...

No es por alabarme, no;

pero mujer como yo

no la he de hallar en la Europa.

Mire usted si el pan que como

me cuesta poco sudor

siendo aya, sastre, doctor,

boticario y mayordomo.

Rodrigo. Hola! Es usted un estuche.

Nemes. Sí; mas se rebela el viejo,

y si le doy un consejo

no hay forma de que me escuche.

Antes era dócil, bueno,

y me hablaba muy cortés;

pero habrá cosa de un mes

que ha dado en tascar el freno.

Rodrigo. Eso hace que vino aquí

mi primo desde Segovia.

Nemes. Para afligir á su novia

y desesperarme á mí.

Rodrigo. No agrada mucho á Luciana.

Nemes. Pero su padre cruel

quiere casarla con él

de buena ó de mala gana.

Rodrigo. Dichosa la puede hacer,

que es rico, honrado y amable.

Nemes. Es un ente insoportable,

y así se lo dije ayer.

Rodrigo. Nemesia!

Nemes. Qué petulancia!

Qué confiado y qué necio!

Dígale usted un desprecio;

y lo convierte en sustancia.

Rodrigo. Aunque tenga ese defecto...

Nemes. No se ha de casar con ella.

Rodrigo. Se espone á morir doncella

si espera un hombre perfecto.

El tiempo quizá y el trato...

Nemes. Ese es mal que no se cura.

Rodrigo. Y vale mas por ventura

el insigne don Torcuato?

Él es zeloso en extremo,

irascible, suspicaz. Oh qué hombre tan montaraz!
Nemes. Solo de verle me quemó.

Rodrigo. Cómo, si usted le protege?

Nemes. Le protegía, ahora no.

Si hubiera sabido que era tan maldito pege!

Ya estaba aquí don Saturio cuando supe esos amores!

La vecinita Dolores

les servía de Mercurio.

Ella en casa presentó, yo no sé con qué pretexto

á ese galán indigesto que á Luciana deslumbró.

Cuando supe que el bellaco

aspiraba á su belleza

quise dar en la cabeza

al novio y á don Ciriaco.

La cosa era ya formal,

y á falta de otro remedio

quise poner de por medio

el escollo de un rival.

Otro novio menos vano

hubiera perdido el seso,

mas no se apura por eso

el hidalgo segoviano.

En tanto poquito á poco

sacaba los pies del plato

el chinche de don Torcuato,

que es otra especie de loco.

Lucianita, ya ve usted, ...

casarse quisiera ya;

mas la pobrecilla está

como entre espada y pared:

y á mí me causan enfado

y me quitan el reposo

el uno por cabiloso,

y el otro por confiado.

Rodrigo. Eh! llévelo usted por Dios...

Nemes. No. Mi amor propio se pica.

No ha de casarse la chica

con ninguno de los dos.
 Por mas que gruña y se emperre
 don Ciriaco, no le vale.
 Él está dale que dale,
 y yo estoy erre que erre.

Rodrigo. Fuera mas puesto en razon
 dejar á Luciana bella,
 pues la interesada es ella,
 libertad en la eleccion.

Nemes. Cómo!...

Rodrigo. Yo no culparé
 la intencion de usted, Nemesia.

Nemes. Manda Dios, manda la iglesia,
 alumbrar al que no ve.

Rodrigo. Con ese genio impaciente
 y esa áspera condicion,
 tiene usted un corazon...

Nemes. Tierno, sensible...

Rodrigo. Escelente.

Quiere usted como una madre
 á Lucianita...

Nemes. Es mi encanto.

Rodrigo. Y como la quiere tanto
 no halla novio que le cuadre.

Nemes. Solo deseo su bien:
 créalo usted, don Rodrigo.

Rodrigo. Yo me precio de su amigo,
 y lo deseo tambien.

Quisiera yo que en la corte
 no reconociese igual

el venturoso mortal
 que haya de ser su consorte.

Mas si ya su corazon
 á don Torcuato prefiere...

Nemes. Si todavía le quiere;
 reniego de su pasion.—

Mas aquel genio sombrío
 ya á la muchacha fastidia;

y, si no me engaño, lidia
 entre el amor y el desvío.

Rodrigo. Ah!Cuál fuera mi contento
 si le diese su retiro!

Nemes. Qué dice usted? Yo me admiro...

Rodrigo. Lo digo como lo siento.

Querer á ese hombre es locura.

Qué bien anuncia su ceño?

No, no merece ser dueño

de tan perfecta hermosura.

Puede haber mayor martirio

que vivir siempre á su lado?

Nemes. Ay! Está usted enamorado?

Habla usted con un delirio...

Rodrigo. Sí?... Me ha exaltado el temor

de su desgracia.

Nemes. En verdad...

Rodrigo. Muchas veces la amistad

delira como el amor.

Sin solicitar su mano

bien puedo llamarla bella;

bien puedo mirar por ella...

Nemes. Pues; así,... como un hermano...

Rodrigo. Crea usted...

Nemes. Ay, don Rodrigo!

Si yo mis quince tuviera

un amigo á Dios pidiera...

siendo como usted el amigo.

Rodrigo. No sea usted maliciosa.—

Podré ver á Lucianita?

Nemes. Y por qué no? — Señorita! —

Ahí la tiene usted.

Rodrigo. (Qué hermosa!

ESCENA II.

LUCIANA. DON RODRIGO. NEMESIA. (*Esta acerca sillas.*)

Luciana. Oh don Rodrigo! Por qué
no has avisado, Nemesia?

Nemes. Ahora mismo...

Rodrigo. Buenas tardes,

Lucianita.

(*Se sientan Luciana y don Rodrigo.*)

Luciana. Hoy en la mesa

no nos ha querido usted

acompañar: y se queja de mi con
mi afecto...

Rodrigo. Yo lo he sentido
por dos causas: la primera,
porque me he visto privado
de sociedad tan amena.

Luciana. Mil gracias.

Rodrigo. Y la segunda,
porque salgo de mi regla.

Luciana. Ya sé que en casa del conde
comen siempre á la francesa.

Rodrigo. Tantas instancias me ha hecho,
que aceptar ha sido fuerza

su convite; y por mi vida

que es una triste fineza

hacer esperar á un hombre

tres horas ó tres y media

para comer una sopa

muchas veces no tan buena

como la suya. Y en tanto

que el momento ansiado llega

qué se hace en el mes de agosto

el cuitado á quien obsequian

de este modo? Adónde vá?

En todas partes molesta.

Aquí están comiendo, y sienten

que un extraño los sorprenda;

bien porque entonces les falta

la libertad que quisieran

para hablar de sus negocios,

bien porque no les convenga

que se entere de si comen

faisanes ó berengenas,

de si hay ó no pulcritud

en mantel y servilletas;

de si trinchan ó destrozan,

de si rezan ó no rezan.

Allí acude cuando todos

están durmiendo la siesta;

aquí no está el amo en casa;

allí no le abren la puerta;

si entra en un café, se aburré;

se achicharra si pasea.
 Si se resuelve á tomar
 un bocado á buena cuenta,
 porque á traicion le convidan,
 y no ha almorzado chuletas,
 luego no tiene apetito;
 y el Anfitrión que le observa,
 ó se pica imaginando
 que su banquete desprecia,
 ó el «vaya; anímese usted»
 á cada plato renueva.
 Si hasta declinar el sol
 le dice al hambre: paciencia!
 desfallece, es ya cadáver,
 cuando á la mesa se sienta. —
 Esto de comer las gentes
 á unas horas tan diversas
 es incómodo á quien vive
 en la capital de Iberia.
 Sepámoslo de una vez:
 qué somos en esta tierra?
 Españoles ó franceses?
 Se come aquí, ó se merienda?
 Cuál es mejor reglamento?
 No se sabe cosa cierta.
 Qué se entiende por *buen tono*?
 Qué quiere decir *franqueza*?
 En qué cátedra se aprende
 la urbanidad verdadera?
 Reside en la aristocracia,
 ó bien en la clase media?
 Cuáles los límites son
 entre esta clase y aquella? —
 Ya se ve, los madrileños
 se han formado tal menestra
 de costumbres nacionales
 y costumbres estrangeras,
 que aquí ya nadie se entiende
 ni le conoce su abuela.

Luciana. No le falta á usted razon.

Rodrigo. Madrid al paso que lleva
 será pronto una charada

si el cielo no lo remedia;
 y el Edipo que la acierte
 no ha de ser niño de teta.—
 Pero hablemos de otra cosa,
 ya que afable como bella
 me otorga usted una gracia
 que todo el pueblo me niega.

Luciana. La conversacion de usted
 es en extremo discreta,
 y le aprecio demasiado
 para que me prive de ella.

Rodrigo. Señorita...

Luciana. Esos papeles...

Perdone usted que me atreva...

Rodrigo. Para usted los traigo. Un *duo*
 es este, admirable pieza,
 y este otro una *cabatina*.

Luciana. Son de la ópera nueva?

Rodrigo. Sí señora. Es lo que usted
 mas ha celebrado de ella,
 y á ofrecerle me apresuro
 esta prueba harto pequeña
 de mi amistad.

Nemes. (Amistad!)

Luciana. Mucho estimo la fineza.—
 Qué preciosa *cabatina*!
 Qué *duo*!... Música, letra;
 todo es sublime.

Rodrigo. No dudo
 que mas sublimes parezcan
 cuando les den nueva vida
 esos labios de sirena.

Luciana. Sirena?—Pobre de mí!

Vaya; usted me lisonjea.

Nemes. (Dale, dale por la solfa,
 y perderá la chabeta.)

Luciana. Quien le oiga á usted y no á mí
 me tendrá por muy maestra.

Rodrigo. Quizá no lo sea usted,
 mas basta que yo lo crea;
 y aunque parezca lisonja...

Luciana. Vaya, usted como se precia

de galante...

Rodrigo. Sí; es verdad; Al teatro
mas si mi labio exagera,
no es galantería, no:
es que la amistad me ciega.

Nemes. (Qué amistad ni que embeleco?
Diga amor y no nos muela.)

Luciana. El tener yo por amigo
sugeto de tales prendas
me envanece. Crea usted
que nadie tanto le aprecia
como yo.

(Deja los papeles de música sobre una silla, y uno de ellos se cae al suelo.)

Rodrigo. Mucho agradezco
que un corazón donde reina
el amor puede aceptar
la pura inocente ofrenda
de mi amistoso cariño.

— Y cuándo, cuándo se estrecha
ese lazo venturoso?

Yo he visto la preferencia
que dá usted á don Torcuato;
y aunque veo que se empeña
don Ciriaco en que mi primo...

Luciana. Quiere usted darme una prueba
de su amistad?

Rodrigo. Señorita!
Lo duda usted? Qué no hiciera
por complacer...

Luciana. Pues le ruego
que jamás á hablarme vuelva
de mi boda y mis amantes.

Qué porfiada contienda!
Uno en mi padre se apoya;
otro me hostiga y se queja
alegando... Santo Dios!

Voy á perder la cabeza.
No sé si amo ó si aborrezco,
ni qué pensar, ni qué senda
debo seguir, porque todas
me parece que me llevan

al precipicio; y no obstante...

Basta. Déjenme siquiera

respirar. No hace tres años

que jugaba á las muñecas

y ya entre dos aspirantes

fluctúa mi inesperienza.

Qué angustia! No puedo mas.—

Hablemos de otras materias...

De música por ejemplo:

Ese *duo* me enagena.

Vamos á ensayarle ahora?

Rodrigo. Disimule usted. Me pesa

en el alma el no poder...

Ya sabe usted que me esperan.

Luciana. Ah! Si. Bien: lo estudiaremos

mas tarde.

Rodrigo. Cuando usted quiera.—

Se entiende, si no se pica

don Torcuato.

Nemes. Si se cuelga

de rabia, tanto méjor.

Rodrigo. Este miramiento es deuda

de mi amistad. Yo no debo

despertar en él sospechas

que perturben el reposo

y la dicha. comprometan

de Luciana.

Nemes. Y quién ha dicho?...

Rodrigo. (Se levanta.) Si usted me dá su licencia...

Luciana. (Qué complaciente! Qué amable!...)

Dará usted luego una vuelta

por aquí?

Rodrigo. Si, cara amiga.

(Mi corazón lo desea.)

Estoy á los pies de usted;

Luciana. Abur.

Nemes. (Muerto está por ella.)

ESCENA III.

LUCIANA DE NEMESIA

Nemes. Hay hombre más obsequioso que don Rodrigo? Este sí; este sí que es todo un hombre; y te haría muy feliz.

Luciana. (Se levanta.) Bien pudiera ser, Nemesia; pero si él no piensa en mí...

Nemes. No? Simplona Yo juraría lo que por tí se muere...

Luciana. Chit!...

De veras? En qué te fundas?

Nemes. Yo tengo buena nariz; y tantos obsequios...

Luciana. Pero... Acaso te ha dicho á tí que me ama?

Nemes. No me lo ha dicho; mas no dudo que algun fin se propone... Esa amistad puede muy bien encubrir otra pasión mas ardiente.

Acaso con ese ardid...

Luciana. No pudiera declararse si es cierto que me ama?

Nemes. Sí; pero tal vez su temor...

Luciana. Sería un temor pueril. Presumes tú que por eso cuando en la amorosa lid pudiera triunfar... Nemesia, enamorar y sufrir, y callar no se acostumbra en este siglo. El mas ruin de los hombres ya se tiene por muy capaz de rendir á la dama mas hermosa.

Nemes. Sí, Luciana; será así; pero un hombre de treinta años...

que su sangre siente hervir
no es amigo, y solo amigo
de una muchacha gentil
con un cuerpo delicioso
y un rostro de serafin.

Luciana. Si me amase como dices
no podria consentir
dos rivales. Para cuándo
quieres que reserve,
dime el declararme su amor,
si, viendo que está en un tris
el dar á otro mi mano
se lo guarda para sí?
No; tú te engañas. Su afecto
no ha traspasado el confin
de la amistad. Cuando supo
que estaba su primo
vino un dia á visitarle...
sin ningun designio hostil;
ya ves, no me conocia.
Siempre apasionada fui
de la música. Vió el piano
y un *aria* sobre el atril...
Me rogó que la cantase:
á sus ruegos accedí.
Él canta tambien y toca
con perfeccion el violin.
Con tan plausible motivo
dió don Rodrigo en venir.—
Él no es músico de aquellos,
como hay en la corte mil
que abrir no saben la boca
si no hablan del do, re, mi.
Su conversacion es grata;
por lo que puedo advertir
no le disgusta la mia.
Simpatizamos en fin:
mas simpatia y amor
no se deben confundir,
porque el alma...

Nemes. Lucianita,
mi ingenio es poco sutil.

para entrar en argumentos;
mas no ves lo que yo ví,
porque estás encaprichada
en favor del malandrin
de don Torcuato.

Luciana. Y ahora
me quieres reconvenir
por eso cuando tú misma?...

Nemes. Cuando mi auxilio le di
parecia un corderito
que salia del redil,
mas se ha convertido luego
en uraño javalí.

Luciana. Su genio me desespera.

Nemes. Es capaz de consumir...
Ah! Qué polilla!

Luciana. Es verdad;
pero ya le he dado el sí,
y no me atrevo...

Nemes. Pues bien;
yo que soy mas varonil
le daré carta de pago.

Luciana. No, no puedo consentir
tal ultraje. En qué me ofende?

Nemes. Ahí es un grano de anís!
Tiene celos de su sombra:
nunca cesa de gruñir;
espiando siempre!... Ese hombre
no es amante: es aguacil.

Luciana. Nemesia, el amor!...

Nemes. El suyo
no es amor, que es frenesí.

Luciana. Me llamará inconsecuente,
coqueta!...

Nemes. Y le has de sufrir
por temor?... Qué no te pone
como hoja de peregil
todos los dias?

Luciana. Nemesia,
qué desdichada nací!

Nemes. Si tú te casas con él,
gran Dios, qué guerra civil!

- Luciana.* Y acaso con don Saturio
no seré mas infeliz ?
- Nemes.* Ni con uno ni con otro ;
que mientras dure tu abril
no te han de faltar amantes.
- Luciana.* Y en tanto cómo salir
de este pantano ? Si al menos...
- Nemes.* Quién asoma por allí ? —
Don Torcuato. Mala bomba !...
Lo que él tardará en reñir !
Mire usted qué cara trae.
Así pintan á Cain.

ESCENA IV.

LUCIANA. DON TORCUATO. NEMESIA.

- Torc.* Siento interrumpir á ustedes.
Si mi presencia incomoda !...
- Luciana.* Qué dice usted ? No señor.
- Torc.* No me gusta estar de sobra
en ninguna parte.
- Luciana.* Pero...
- Torc.* Lo cierto es que ustedes cortan
su conversacion al verme.
- Luciana.* El no hacerlo fuera poca
cortesía.
- Torc.* Mas amor,
y no tantas ceremonias
quisieva yo. — De qué nacen
las miradas desdeñosas.
que Nemesia me fulmina ?
- Nemes.* Siempre hemos de estar de gorja ?
- Luciana.* Esa es aprension de usted.
- Torc.* Aprension ! Y la zozobra
que advierto en ese semblante ?
Niégume usted...
- Nemes.* Esa es otra !
Hoy viene usted muy fiscal.
- Luciana.* Nemesia !...
- Nemes.* Si alguna mosca
fuera de aquí le ha picado,

- no lo paguemos nosotras.
Torc. Si usted me hiciera la gracia de dejarme hablar á solas con Luciana...
- Nemes.* No señor, que no porque yo le oiga pierde usted nada.
- Luciana.* No obstante, porque no diga...
- Nemes.* Hola, hola! Echarme á mí! Sabe usted...
- Torc.* Yo no lo mando, señora, ... lo suplico! — mas ya veo que cuando usted se alborota por algo será.
- Luciana.* Por Dios, vete; no arme una camorra por cosa que nada vale.
- Nemes.* Ya me voy en paz y en gloria de Dios; mas no porque usted, señor mio, lo disponga, sino porque así lo exige mi señorita.
- Torc.* En buen hora.
- Nemes.* Y por no decirle á usted con permiso de su novia que me cansa, y me fastidia, y me enfada, y me encocora.

ESCENA V.

LUCIANA. DON TORCUATO.

- Torc.* Ya ve usted cómo me trata. Sin duda esas alas toma porque sabe ya que usted me aborrece.
- Luciana.* No hay tal cosa. Sabe usted que siempre ha sido parlanchina y regañona.
- Torc.* Y si antes me protegía, por qué me detesta ahora?

:

- Luciana.* La suspicacia de usted
esa mudanza ocasiona.
- Torc.* Mi suspicacia! Y acaso
no tengo razon de sobra
en que fundar mis recelos?
No ha venido de Segovia
don Saturio á desposarse
con usted? Es esto broma?
- Luciana.* Y acaso no sabe usted
que mi corazon le odia?
- Torc.* Pero vive en esta casa.
- Luciana.* Mi padre en ella le aloja.
Yo no tengo facultad
para enviarle á una fonda.
No hago poco en conseguir
que usted venga á todas horas
contra el gusto de mi padre.
- Torc.* Eso es en lengua española
decirme á mí que no vuelva.
- Luciana.* Hombre de Dios!... (Me sofoca.)
Quién dice tal ni lo piensa?
- Torc.* No es justo que usted se esponga
por mi causa...
- Luciana.* Qué porfía!
- Torc.* A un disgusto...
- Luciana.* Dale, hola!
el riesgo que puede haber
es lo que menos me importa.
- Torc.* Será así, pero...
- Luciana.* Otro pero?
- Torc.* Cómo es con tanta sorna
permanece en esta casa
el segoviano? Lisonjas,
coqueterías de usted
sus esperanzas apoyan.
- Luciana.* Al contrario. No le miro,
no le hablo sin hacer mofa
de su merced.
- Torc.* No lo creo;
pues ningun hombre soporta
que se mofen de él. Mil veces
tomado hubiera la posta...

Luciana. Y si él es tan majadero,
tan confiado, tan posma
como usted gruñon, sombrío,
caviloso, ... ah! qué congoja!
tengo yo la culpa?

Torc. Cielos!
Será posible... Mal haya, amen
mi carácter, mi... Perdona;
perdona, bien de mi vida.
La pasión que me devora...
No mas, no mas. Ese llanto
el corazón me destroza.
Serena tus bellos ojos.
Tu gracia de nuevo implora
este amante desdichado
que arrepentido se postra
a tus pies.

Luciana. Eso es peor.
Alce usted... Aquí fué Troya
si mi padre... Ya no lloro:
ya mi pecho se alborozaba...
(Triste de mí!) Vamos!...

Torc. No.
No suelto tu mano hermosa
ni del suelo me levanto,
hasta que esa dulce boca
pronuncie el perdón que anhelo.

Luciana. Bien... Nunca fuí rencorosa.
Le perdono a usted.

Torc. No quieres
tutear a quien te adora?

Luciana. (Jesus! Jesus!) Bien, Torcuato.
Yo te perdono.

Torc. Ah! Tú colmas
mi dicha.

Luciana. Mas si otra vez
con sospechas injuriosas
me ofendes...

Torc. Por esos ojos
que el corazón me aprisionan
te juro que de los celos
jamás la mortal ponzoña...

Qué papel es ese?

(*Luciana recoge el papel de música que estaba en el suelo.*)

Luciana. Nada...

Torc. No me lo ocultes, traidora.

Luciana. Lo oculto yo?

Torc. Algun billete amoroso...

Luciana. Escrito en solfa?

Mira.

Torc. Dame.—Cavatina...

Pues malos lobos me coman si no habia imaginado...

Luciana. Tú quieres volverme loca.

Torc. Pero esta música es nueva; música que no se compra en los almacenes... Quién te la regaló? — Ya asoman los colores á tu rostro. Mi rival...

Luciana. No. Te equivocas.

Su primo...

Torc. Del mal el menos.

Mas sabiendo que me enojas cuando cantas...

Luciana. No es extraño.

Si fuese ya *prima donna*...

Torc. Antes porque cantas bien no quiero que nadie te oiga.

Luciana. Ni aun este gusto inocente me permites?

Torc. Canta sola.

Luciana. Si el maestro...

Torc. Ponte mala.

Luciana. Si mi padre...

Torc. Ponte ronca.

Luciana. Esto es demasiado ya. Usted de amarme blasona, y quiere imponerme el yugo de esclavitud afrentosa? Dios eterno! Qué reserva para un marido quien obra

cual tirana siendo amante?
 Si quien dice que me adora
 de esta manera me trata,
 qué haría, Virgen de Atocha,
 si me aborreciese? Acaso
 me ha comprado usted en Angola?
 Si una se feria un vestido
 ó lucir quiere una joya,
 es delito; si á la calle
 quiere salir, si se asoma
 á la ventana, delito;
 si calla, si habla, si toca,
 si canta, si rie, en todo
 es culpable, y nunca hay forma
 de tenerle á usted contento.—
 Yo soy mujer; no soy diosa.
 No porque usted delirando
 un mundo ideal se forja,
 si Dios me hizo como soy
 me he de convertir en otra.
 Cuidado que no hay paciencia!...
 Quiere usted que no se rompan
 nuestras relaciones? Bien.
 Deje de hacer la marmota;
 acostúmbrese á nombrar
 y á ver como son las cosas;
 no llame á las cavatinas
 epístolas amatorias,
 y empiece á amarme una vez
 como se ama á las personas.

Torc. Ah cruel! Si el dardo agudo
 que el corazon me destroza...

Luciana. Oh!... No mas exclamaciones.
 Ya tengo como una bomba
 la cabeza. Por piedad
 váyase usted, que ya es hora
 de que despierte mi padre.

Torc. Eso mas? Usted me arroja
 de su casa!

Luciana. Nada de eso.

Torc. Este es el premio que logra
 mi pasion!

Luciana.

Hombre, ó demonio!...

Torc.

Siempre ha quebrado la soga
por lo mas delgado. Así
se desprecia, se baldona,
se asesina á un hombre!... Vuelve,
vuelve la espalda. Hazte sorda
á mis clamores... Me voy,
me voy porque ya me ahoga
el despecho; mas te juro
que te ha de quedar memoria
de Torcuato. Adios, perjura!

Luciana. Dónde va usted? A la alcoba
de mi padre?

Torc.

Por no verte
me iría á las Californias.

ESCENA VI.

LUCIANA.

Y yo he querido á ese hombre!
Y mi ventura se inmola!...
Ah! No. Primero casarme
con don Saturio... Estoy loca?
Yo dar mi mano á ese necio
que solo porque á su costa
me río... Triste de mí!
Nunca he pensado ser monja;
y no hay un ser racional
que me quiera para esposa!

ESCENA VII.

LUCIANA. DON SATURIO.

Saturio. Oh Luciana encantadora!
Qué haces tan solita aquí?
Sin duda pensando en mí...

Luciana. (Esto me faltaba ahora.)

Saturio. Déjate de esos desvelos;
y pues sabes mi pasión
no hiera tu corazón
el cuchillo de los celos.

Luciana. Celos!

Saturio. Si, mi prenda, sí.

Luciana. No, mi prenda, no.

Saturio. Mejor.

Luciana. Celos suponen amor;
y no hay tal amor en mí.

Saturio. Pues! No el amor de una bestia,
furioso, desordenado,
sino un amor cimentado
en la cándida modestia:
amor puro, virginal,
que sin celos ni litigios
guarda todos sus prodigios
para el lazo conyugal.

Luciana. Le digo á usted que es un sueño...

Saturio. Sueño! Tú me hablas de chanza.
No ha de darme confianza
ese semblante halagüeño?

Luciana. (*Se esfuerza en vano á ponerse seria.*)
Halagüeño? (*Yo me río
y lo echo á perder.*)

Saturio. Oh cara!

Tu sonrisa me declara
que ese corazón es mío.

Luciana. Ni lo ha sido, ni lo es,
ni lo será.

Saturio. Qué mentira!

Luciana. Me irrita usted.

Saturio. Oh! Tu ira
durará poco. — Lo ves? (*Se ríe Luciana.*)

El iracundo entrecejo
sienta mal á una mujer.
Si te quieres convencer
ensáyalo en el espejo:
y al contrario la hermosura
adquiere mayor encanto
si la acompaña algun tanto
de esa amorosa dulzura.

Luciana. (*Este hombre es incorregible.*)

Saturio. Ni así... un poco de desden
á que tú me quieras bien
me parece incompatible.

Luciana. (*Muy airada.*)

Oh! No sabe usted que en vano
con su pretension me ostiga?
Será fuerza que lo diga
con un puñal en la mano?

Saturio. (*Riéndose.*) De veras? Con qué donaire
se está fingiendo severa!
Pues no diria cualquiera
que me está haciendo un desaire?

Luciana. Se rie usted!

Saturio. No te asombres.

Quien te conoce y te ve...

Vamos; contigo seré
el mas feliz de los hombres.

(*Luciana va á retirarse y la detiene.*)

Eh! No te vayas tan pronto.

Eso es hacer el papel
muy á lo vivo, cruel!

Luciana. Usted sí que hace el de tonto.

Saturio. Yo? Pues si aplaudo y admiro
ese envidiable gracejo...

Luciana. Déjeme usted...

Saturio. No te deajo.

Luciana. Basta, bien; no me retiro,
pero suelte usted la mano.
(Quiero llevarle el humor;
que si le irrito es peor,
y mi padre... Ay Dios! En vano...)

Saturio. Suelto y callo, pues ya veo
que á fuer de casta doncella
me guardas tu mano bella
para el altar de Himeneo.

Allí gozosos los dos.

Oh inmensa felicidad!—

Tú serás fiel: no es verdad?

Luciana. Seré... lo que quiera Dios.

Saturio. Bien! Si yo de tí me fio,

á qué jurarme tu fé?

Oh! Nunca te celaré.

Tú en tu cuarto: yo en el mio.

Celos? Doy á Belcebú
una pasion tan villana.

Soy yo mucho hombre, Luciana,
 para que me engañes tú.
 Acaso por ser mas cautos
 ganan mas esos maridos
 impermeables, cosidos
 eternamente á los autos?
 No; yo te haré la justicia
 que de tí tambien exijo.
 Paz octaviana. — Y un hijo
 cada año. Oh gloria! Oh deficia!—
 Criarlos es mucha brega;
 mas yo á todo me convengo.
 No te aflijas, que ya tengo
 encargada una pasiega.

Ciriaco. (*Dentro.*)
 Luciana! Dónde te escondes?
 Luciana!

Luciana. Aquí estoy, papá.

ESCENA VIII.

DON CIRIACO. LUCIANA. DON SATURIO.

Ciriaco. (*En mangas de camisa y con el pañuelo del cuello en la mano. El actor que ejecute este papel marcará con la accion las ideas que sus versos encierran, siempre que esto le sea posible. Por no multiplicar notas, dejamos á su eleccion la mayor parte de los gestos y actitudes que haya de emplear al efecto.*)

Por mas gritos que uno dá...

Luciana. Pero...

Ciriaco. Por qué no respondes?—

Vaya; pónme la corbata,
 que es mi mayor embarazo.

Jamás supe hacer un lazo.

(*Luciana prepara el pañuelo para ponérselo á su padre.*)

Oh yerno! De qué se trata?

Saturio. Reciproco amor proyecta
 nuestra conyugal ventura.

Ciriaco. Lo celebro.

Saturio.

 Mi futura

 quiere ser *plusquam perfecta*.

Ciriaco. (*Se sienta en un sillón.*)

 No he tenido yo por cierto
 tan buen rato. Oh qué sudores!

 He soñado mil horrores.

 Santo Dios! Si no despierto...

 Aunque ha de moverte á risa
 contártelo todo quiero.—

 Qué haces? Levanta primero
 el cuello de la camisa.—

 Ya cansados y mohinos
 de enredos y protocolos
 echan á rodar los bolos
 los belgas y sus vecinos.

 Rompiendo por fin la valla
 que trazó la conferencia,
 la una y la otra potencia
 se aprestan á la batalla.

 El ejército prusiano
 equipado á la ligera
 atraviesa la frontera
 por dar un golpe de mano.

 El campo se ordena así.

(*Inclina todo el cuerpo, primero á la izquierda, luego
 á la derecha, y despues al frente.*)

 A la izquierda los de Holanda;
 los belgas á la otra banda,
 y los prusianos allí.

Luciana. (*Todavía le está poniendo el pañuelo.*)

 Qué inquietud! Esté usted quedo
 si he de poner la corbata:

Ciriaco. Date prisa. — Vamos, ata...

 Está ya?... Bien. Ah! Qué miedo!

(*Se levanta y bracea y gesticula sin cesar.*)

 Por el frente y por la espalda
 ya canta su triunfo el belga;
 pero el holandés no huelga
 y rompe un dique al Escalda.

 Quien se atasca; quien se anega;
 allá un caballo galopa;
 allá nadando la tropa

al opuesto margen llega.
 Zis, zis, zas los escuadrones
 por donde agua no corria;
 pum, pum, pum la infantería;
 pom, porrom, pom los cañones.
 Ay! Ay! clama el moribundo.
 A ellos, á ellos repetia
 el vencedor... Parecia
 que se desplomaba el mundo.—
 Viene hácia mí un granadero,
 hombre de seis pies, atroz,
 gran bigote, horrenda voz...
 Parecia un Cancervero.
 Corria; volaba yo:
 me agarra al volver un cerro;
 (*Ase del cuello á don Saturio.*)
 esclama: ríndete, perro...
 y el susto me despertó.

Saturio. Pero mi cuello inocente,
 que no es belga, ni holandés...

Ciriaco. No me olvido yo en un mes
 del granadero insolente.
 Fatal ha sido mi siesta.

Saturio. Oh! Pues yo bien he roncado.

Ciriaco. (*A Luciana.*) Oyes... Tambien he soñado
 que don Torcuato me apesta.

Luciana. Y yo qué culpa?...

Ciriaco. Ese mozo
 nunca ha sido de mi gusto.
 Tan uraño, tan adusto...

Luciana. Pero...

Ciriaco. Hablemos sin rebozo.
 Yo sé que te ama.

Saturio. Qué escucho!

Ciriaco. (*A don Saturio.*)
 Como tres y dos son cinco.
 La mira con tal ahinco...

Saturio. De veras? Me alegra mucho.

Ciriaco. Bien por Dios! Conque tú...

Saturio. En vano
 pretende usted que me enfade,
 pues me gusta á mí, que agrade

- á todo el género humano.
- Ciriaco.* Ya, pero si ella...
- Luciana.* Papá...
- Ciriaco.* Le corresponde...
- Saturio.* Qué error!
Verdad que no?
- Luciana.* No señor.
- Saturio.* Ya lo oye usted.
- Ciriaco.* Pero...
- Saturio.* ¡Ba!
- Ciriaco.* Ello es que él la solicita;
y, favorecido ó no,
un rival...
- Saturio.* Dale! Si yo...
- Ciriaco.* Es incómoda visita.
Hacerle un dasaire sienta,
mas porque historias no haya
será fuerza que se vaya...
- Saturio.* No se irá: no lo consiento.
Dónde hay cosa mas insulsa
que un amante sin rival?
Puedo yo tomar á mal
que él se esponga á una repulsa?
Luciana me adora; sí.
Me lo juraba no há mucho;
y semejante avechucho
me ha de dar celos á mí?
- Ciriaco.* Bien, hombre: no te alborotes.
- Saturio.* Vengo yo de algun establo!
Vaya! Darle al pobre diablo
con la puerta en los bigotes!
- Luciana.* No es del caso esa porfia.
Ya se fué con mil y mas
para no volver jamás.
- Ciriaco.* Eso es lo que yo queria.
- Saturio.* Cómo! Le habrás maltratado
solo por guardarme fé.
- Luciana.* Lo que le he dicho no sé,
mas su genio...
- Saturio.* Ay desdichado!
Despedirle así!
- Luciana.* No tal.

Yo...

Saturio. Qué crueldad! Dónde estamos?
Y él que es tan sensible... Vamos;
se va á tirar al Canal.

Ciriaco. No será tan insensato.

Saturio. Oh! como él dé en un capricho...
Señor! Para haberle dicho:
«Perdone usted, don Torcuato.
Me honra usted con ser mi amante,
pero estoy comprometida.
Otro es dueño de mi vida...»
O así... cosa semejante.
«Sin embargo, hasta la muerte
téngame usted por su amiga,
que la gratitud me obliga
á proceder de esta suerte.» —
Pero iracunda y cruel
plantarle en la calle... Eh! Quita!—
Mira: pónle una esquelita
y discúlpate con él.

Ciriaco. Hombre! Hombre!

Luciana. Usted merecía
que yo le diera ese gusto.

Saturio. Pero te parece justo?...

Luciana. Oh qué cansada porfia!

Saturio. Con justa razon dirá
que le han tendido una red
para...

Luciana. Permítame usted
que me retire, papá.

ESCENA IX.

DON CIRIACO. DON SATURIO.

Saturio. Lo está usted viendo? Se pica
porque censuro el mal trato
que le ha dado á don Torcuato.
Qué pasion la de esa chica!

Ciriaco. Bien: tú has de ser su marido.
y pues á todo se allana,
tu amor;... pero esta mañana...

Saturio. Qué?

Ciriaco. Se hablaron al oído.

Saturio. Y qué?

Ciriaco. Con mucha frecuencia viene á casa ese mancebo.

Saturio. Y qué?

Ciriaco. Ocultarte no debo que él tiene buena presencia.

Saturio. Vamos; y qué?

Ciriaco. Nada sé de positivo. No obstante, quitándolo de delante...

Saturio. Ah! qué pobre hombre es usted!

Ciriaco. Ya.

Saturio. Solo por la manía en que usted sin causa ha dado, yo le enviaré un recado; ya que ella no se lo envía.

Ciriaco. Bien, hombre! Yo, si advertí...

Saturio. Sé lo que vale mi bella.

Ciriaco. No dudo...

Saturio. Respondo de ella;... y sobre todo de mí. (*Mira su reloj.*)

Pero son las seis y media, y tengo mucho que hacer.

Don Ciriaco, hasta mas ver.—

Hoy se estrena mi comedia...

Ciriaco. Saldremos juntos los dos.

Yo he de hacer una visita...

Saturio. Bien.

Ciriaco. Me pondré la levita...

(*La toma de sobre una silla y se la pone.*)

Saturio. Despáchese usted por Dios.

Ciriaco. Salió en el ensayo bien?

Saturio. Si tal: á pedir de boca.

Ciriaco. Bravo!

Saturio. La dama está loca.

Ciriaco. Oigan!

Saturio. Y el barba tambien.

Ciriaco. Di á los actores...

Saturio. Qué flema!

Ciriaco. Que no accionen demasiado.

Jesus! Salgo mareado,
cuando dán en esa tema.

Saturio. Oh! Sí. Y usted que es tan parco...

Ciriaco. Bueno es que tú les recuerdes...

(Acompaña con la acción todas las palabras de estos versos y de los otros dos que mas adelante están de letra cursiva.)

*Entre dos álamos verdes
que juntos forman un arco...*

Asimismo como soy

(Yendo á tomar el sombrero.)

Ciriaco, representaba
cierto actor que fastidiaba...

Saturio. Ya no hay paciencia... Me voy.

ESCENA X.

DON CIRIACO. *(Vuelve con el sombrero puesto, y no advierte que se ha ido don Saturio.)*

Cuidado que era trabajo
el ver... Ahora entra el busilis.—

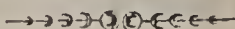
*Por no despertar á Filis
pasa silencioso el Tajo.*

(Viendo que está solo.)

Calla! Se ha ido? Me alegro!
Qué desatención! Qué audacia!
Oh! Como él dé en esa gracia,
pronto se queda sin suegro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



ESCENA PRIMERA.

NEMESIA.

Señorita!... Hace un instante
que la dejé en el balcon.
Se habrá ido? — Señorita!...
Dicho y hecho: se marchó.
Cómo ha sabido guardarme
las vueltas! — Válgame Dios!
Mi autoridad se atropella.
Mucho declinando voy.
Se emancipa don Ciriaco,
y ya va dando en la flor
de imitarle Lucianita.
La casa está en rebelion.
Plantarme de esta manera!
Dejarme sola! Qué horror!
Á toda una ama de llaves,
á una mujer de mi pro...
Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy.
Un tiempo me obedecia
como la oveja al pastor,
mas ¡ay! ya va conociendo
que tiene uso de razon.
Ya aspira á romper el yugo
que quiero imponerla yo,

y una vez con dulce flecha
 herido su corazon,
 despreciará mis consejos
 por seguir los del amor.—
 Aprended, flores, de mí
 lo que va de ayer á hoy.
 Tantos años sometido
 á mi alta jurisdiccion,
 nada hacia don Ciriaco
 sin permitírsele yo.
 Como el cuitado no tiene
 todo lo de Salomon,
 se esforzaba mi talento
 á discurrir por los dos;
 y ahora en la misma casa
 que entronizada me vió,
 ultrajada, indefinida
 no tengo voto ni voz.—
 Aprended, flores, de mí
 lo que va de ayer á hoy.
 De dónde viene mi mengua?
 Será que el tiempo veloz
 las flores de mi hermosura
 en abrojos convirtió? —
 Y es mas jóven por ventura
 ese bendito varon?
 Se adelanta mas que el suyo
 mi desdichado reloj?
 Ay triste de mí! Yo creo
 que se han parado los dos.
 Aprended, flores, de mí
 lo que va de ayer á hoy.

ESCENA II.

DON RODRIGO. NEMESIA.

Rodrigo. (No la veo.) — Cómo
 así tan sola? — Se ha levantado
 mi primo?

Nemes. Y aun se ha marchado.

Rodrigo. Tambien don Ciriaco?

Nemes.

Si.

Rodrigo. Bien.

Nemes. No hay mas que preguntar?

Rodrigo. Ah! Sí... Lucianita bella...

Nemes. Si está usted muerto por ella
qué vale disimular?

Rodrigo. Yo...

Nemes. Sí, sí: estoy en mis trece.

Rodrigo. Me hará usted creer, señora,
que mi corazón la adora;
y esto...

Nemes. Qué! No lo merece?
Don Rodrigo, don Rodrigo!
Ya de la infancia salí.

La que se me escape á mí...

Rodrigo. Solo en calidad de amigo...

Nemes. Oh! Ya es esto inaguantable.
Deje usted ese estribillo,
que ha de darme un tabardillo
con su amistad perdurable.
Eh! Fíese usted de mí.
Hable usted. Según las trazas
si usted lleva calabazas,
que me las claven aquí.

(Con el dedo en la frente.)

La que mata usted de amores
y le cautiva y le abrasa
está ahí al lado, en la casa
de su amiguita Dolores.
La llamaré...

Rodrigo. Nada de eso.

No la quiero incomodar.

Nemes. Yo sé que se ha de alegrar.

Rodrigo. Oh! No. Sería un exceso...

Nemes. Pero, señor, yo pregunto:
qué temor?...

Rodrigo. La envidia muerde...

Nemes. Bien, bien. Usted se lo pierde.
No se hable mas del asunto.

Rodrigo. (Su curiosidad castigo.)

Nemes. (Sin duda en mí no confía,
y es inútil mi porfía.)

Vaya, que el tal don Rodrigo...
parece que en el complot
se propone entrar tambien
para destronarme!)

Rodrigo. (Ha tomado un libro.)

Bien:

una novela de Scot. (Se sienta.)

Nemes. Va usted á leer?

Rodrigo. Sí señora.

Nemes. (Ya tus intenciones veo.)

No sale usted á paseo?

Las siete y media. Ya es hora.

Rodrigo. La incomodo á usted?

Nemes. No tal.

Cómo es posible que á mí?...

Pero estraño mucho...

Rodrigo. Aquí

corre un fresco celestial.

Nemes. El Prado estará mejor;

y ahora que el sol no molesta...

Rodrigo. Prado; y en dia de fiesta!

No lo nombre usted. Qué horror!

Quién tal gentío tolera,

tanto polvo y confusion,

tanto y tan rudo apretón,

tanta cara dominguera?

Dios nos libre. En esta silla

prefiero esperar leyendo

á mi primo, sin estruendo,

sin polvo...

Nemes. Al primo! Esa es grilla.

Rodrigo. Cómo!...

Nemes. Acaso yo me mamo

el dedo? A mi señorita

espera usted. Ya me irrita...

Rodrigo. Bien, si usted se empeña...

Nemes. El amo.

ESCENA III.

DON RODRIGO. DON CIRIACO. NEMESIA.

Ciriaco. Oh don Rodrigo!*Rodrigo.* (Deja el libro y se levanta.)

Señor

don Ciriaco!

Ciriaco. Cómo va!*Rodrigo.* Perfectamente. Y usted?

Bueno?

Ciriaco. Si; no hay novedad.

Solito aquí con Nemesia!

La quiere usted cortejar?

Rodrigo. Leyendo estaba...*Ciriaco.* Ya veo
que fuera mucha bondad
á una mujer de sus años
hacer la corte.*Rodrigo.* No tal.

Nemesia...

Ciriaco. No está la pobre
para esas empresas ya.*Nemes.* Mire usted quien se lo dice!

Un inútil carcamal...

Ciriaco. Allá nos vamos los dos.*Nemes.* Usted tiene mas edad
que yo.*Ciriaco.* Cierto; pero al cabo
dos ó tres años de mas
ó de menos...*Nemes.* Al señor
poco le debe importar
nuestra fecha.*Ciriaco.* Ya es antigua.*Nemes.* Es falta de urbanidad...*Ciriaco.* Yo me acuerdo, y tú tambien,
del terremoto de Oran.*Nemes.* Se engaña usted.*Ciriaco.* No por cierto.*Nemes.* Usted me quiere insultar.

Ciriaco. No, mujer. Yo no te agravio por decirte la verdad.

Rodrigo. Don Ciriaco se chancea. No lo tome usted á mal.

Nemes. Yo no gusto de esas chanzas.

Ciriaco. Eh!...

Nemes. No me haga usted hablar, porque diré atrocidades.

Rodrigo. Vamos, vamos; haya paz. Qué diablos!... El tiempo vuela sin volver la cara atrás... Oh! Y lo que es esta señora, seamos justos, está fresca y ágil todavía.

Nemes. Mil gracias. (Es muy galan, muy cortesano: eso sí.)

Rodrigo. Yo no sé los que tendrá, pero apenas representa cuarenta años.

Ciriaco. Tiene mas.

Nemes. Oh qué hombre!

Ciriaco. Yo diré á usted. Treinta y tres del siglo actual. Ella nació...

Nemes. Se prepara (*Interrumpiéndote.*) el baño?

Ciriaco. Sí.

Nemes. (De alquitran habia de ser.)

Ciriaco. Cincuenta, cincuenta y cuatro... Cabal. Cincuenta y cuatro ha cumplido la víspera de San Juan.

Nemes. Oh!... (Cuando le pille á solas bien me las has de pagar.)

ESCENA IV.

DON CIRIACO. DON RODRIGO.

Ciriaco. Que nunca quieran ser viejas las mujeres! Fuerte afán!...

Rodrigo. Eh! Qué importa?...

Ciriaco.

Sabe usted

que hace un calor infernal?

Hoy el termómetro sube

á treinta grados y mas.

Usted no pasea?

Rodrigo.

No.

Espero á mi primo...

Ciriaco.

Ya.

Bien hecho. Pues yo que vengo desde la calle Imperial...

Ya se vé, las pretensiones

de mi hermano Baltasar

el brigadier... Santo Dios!

Me tiene hecho un azacan.

Ya sabe usted que pretende

el gobierno militar

de...

Rodrigo.

Sí señor. (Dios me asista.)

Ciriaco.

Y el grado de mariscal

de campo.— Como él no puede

sin real licencia mudar

de domicilio, y las cartas

tardan una eternidad,

me ha endosado la incumbencia

de andar de aquí para allá,

á Palacio, al ministerio,

á la inspeccion general...

Por fin no va mal la cosa.

Ello sí, me hacen sudar,

pero creo que el gobierno

para mi hermano será.

Rodrigo.

Lo celebraré infinito.

Ciriaco.

Ahora acabo de entregar

al ministro de la Guerra

el último memorial.

Rodrigo.

Me alegro.

Ciriaco.

Como yo escribo

con tanta velocidad,

lo puse en cuatro minutos.

Dice así: «Don Baltasar

(Como maquinalmente figura escribir en el pecho de don Rodrigo lo que va relatando.)

Villalonga, brigadier...
et cætera. Con la mas
 profunda veneracion.
 à vuestra real Magestad
 dice: que habiendo obtenido
 por gracia particular
 el empleo de cadete
 à los veinte años de edad,
 pasó como abanderado
 al reino de Portugal
 año de mil setecientos...

Rodrigo. Don Ciriaco, por piedad...

Ciriaco. Aquí traslado su hoja
 de servicios de pé á pá.—
 »En atencion á lo espuesto,
 à su mucha antigüedad
 y à sus honrosas heridas...

Rodrigo. (Hay! Tambien las va á copiar
 en mi pecho.)

Ciriaco. »Y al atraso
 que experimentando está
 en su carrera...

Rodrigo. (Yo muero.)

Ciriaco. »À vuestra real Magestad
 humildemente suplica...

Rodrigo. Ya, ya infiero lo demás.

Ciriaco. »Le nombre gobernador
 del castillo y la ciudad
 de...

ESCENA V.

DON CIRIACO. DON RODRIGO. NEMESIA.

Nemes. Señor...

Ciriaco. Qué hay?

Rodrigo. (Respiremos.)

Nemes. Ya está el baño.

Ciriaco. Voy allá.

Rodrigo. (Gracias al cielo!...)

ESCENA VI.

DON CIRIACO. DON RODRIGO.

Ciriaco. (*Volviendo á la accion de antes.*)

»Vacante

por muerte de don Beltran...

Rodrigo. (*Ah verdugo!*)

Ciriaco. El apellido

no recuerdo. Voto va!...

»Dominguez. Gracia que espera
de la notõria bondad
de tan amado monarca,
cuya... *et cætera*. Alcaráz
siete de agosto de mil
ochocientos...

Rodrigo. Está ya?

Ciriaco. »Treinta y tres.»

Rodrigo. Oh! Ni aun la fecha
me quiere usted perdonar?

Ciriaco. Ya he concluido.

Rodrigo. Me alegro.

(*Toma tierra del suelo y se la echa sobre el pecho.*)

Ciriaco. El rey lo recibirá...

Qué hace usted?

Rodrigo. Estoy echando
arenilla al memorial.

Ciriaco. (*Riéndose.*) Vaya, que este don Rodrigo
es gracioso si los hay.—
Mucho tarda don Saturio,
y bien pudiera...

Rodrigo. Él vendrá.

Ciriaco. Le haría á usted compañía,
pero tengo que tomar
el baño...

Rodrigo. Sí; vaya usted.

No permite mi amistad
que se incomode...

Ciriaco. Luciana

ha pasado á visitar
á su amiga. Quiere usted
que mande á llamarla? Juan!...

Rodrigo. No. Para qué? Yo no soy
de cumplimiento.

Ciriaco. (*Se acerca mucho á don Rodrigo.*)
Qué tal?

No es buena boda?

Rodrigo. En efecto...

Ciriaco. El buen don Saturio está
muy contento de su novia.

Rodrigo. No sería racional
si no lo estuviera.

Ciriaco. (*Asiendo una punta del pañuelo del cuello de
don Rodrigo y moviéndola en todas direcciones has-
ta que desata el nudo.*)

Yo,...

hablemos con claridad,
conozco que á la muchacha,
como dice aquel refran,
no la ha entrado por el ojo
derecho; y á la verdad
no lo extraño, don Rodrigo,
porque es tan original
ese hombre, tan petulante...
Usted me ha de perdonar.
Siendo su primo no es justo...
Cierto es que su probidad,
su ilustre cuna, sus prendas
deben hacer olvidar
sus defectos... Ay amigo!

(*Va á atarse el pañuelo don Rodrigo y le toma la mano
don Ciriaco.*)

Mi ternura paternal...

Rodrigo. (Paciencia.)

Ciriaco. Sólo desea
labrar la felicidad
de Luciana.

Rodrigo. No lo dudo.

Ciriaco. Hay de por medio un galan
que la pretende.

Rodrigo. Ya sé:
don Torcuato.

Ciriaco. (*Sobando á don Rodrigo le va quitando uno
por uno los botones del chaleco.*)

Y qué tenaz
es el hombre! Conociendo
que prefiero á su rival,
no desiste...

Rodrigo. Desistir?

Yo sé de cuanto es capaz
un hombre cuando se empeña
en moler y dislocar
al prójimo.

Ciriaco. Lucianita
le ha tenido voluntad;
pero, sea que aquel genio
caviloso y suspicaz
ya la fastidie, ó que al fin
mi paterna autoridad
haya vencido...

Rodrigo. Pero, hombre...

Si yo no me he de bañar...

Ciriaco. (*Sin darse por entendido.*)

Yo quisiera, porque soy
muy amante de la paz,
poder conciliar su gusto
con el mio.

Rodrigo. Es natural.

Ciriaco. Mas los jóvenes del dia...

Échese usted á buscar
un yerno donde hay tan pocos
que al lazo matrimonial
(*Acabando de desabrocharle.*)
no tengan antipatía.

Rodrigo. (*Con fervor.*) Ah! No señor. La beldad
de Lucianita, su gracia
y aquel genio angelical
tanta ventura prometen
á quien la lleve al altar,
que el hombre mas enemigo
de la coyunda nupcial
suspiraría...

Ciriaco. (*Mirando su reloj.*) Qué tarde!
El baño se va ó enfriar.—
Abur, abur. Hasta luego.

ESCENA VII.

DON RODRIGO.

(Un criado trae luces y se retira.)

Oh!... Llévete Barrabás.

Me está diciendo sandeces

una hora el animal;

me manotea; me pone

mas blando que un cordoban;

al fin logro meter baza;

me resuelvo á declarar

mi amor á su hija, y me vuelve

las espaldas! Voto á San!...

(Componiéndose el pañuelo y abrochándose el chaleco.)

Lindo me ha puesto! Si dura

el coloquio un poco mas,

no hay recurso, me convierte

en viva efigie de Adan.

ESCENA VIII.

DON SATURIO. DON RODRIGO.

Saturio. Oh primo! Tú por aquí?*Rodrigo.* Sí.*Saturio.* Me has venido á buscar
tal vez para pasear
juntos esta noche?*Rodrigo.* Sí.*Saturio.* Perdóname, que por hoy
no te puedo acompañar.*Rodrigo.* Por qué?*Saturio.* Se va á ejecutar
mi comedia; y, ya ves, voy...*Rodrigo.* Es cierto?*Saturio.* Sí. Palco y coche
tengo á tu disposición.*Rodrigo.* Esta noche es la funcion?*Saturio.* Sí.*Rodrigo.* Te silban esta noche.*Saturio.* Qué hobada! Cuando yo

la hago poner en escena...
 El barba la dió por buena,
 y el consueta le apoyó.
 Su mérito literario
 reconoce el maquinista.
 No hay otra mejor en lista.—
 Me lo ha dicho el empresario.

Rodrigo. Si de balde se la diste,
 no es mucho...

Saturio. Soy yo venal?
 No pido por ella un real
 aunque está llena de chiste.

Rodrigo. Ya.

Saturio. Para evitar las trabas
 que han sufrido mas de cuatro,
 antes de darla al teatro
 me agarré á buenas aldabas.

Rodrigo. Tanta recomendacion,
 yo la verdad no te callo,
 no te asegura que el fallo
 del auditorio burlon...

Saturio. Me aplaudirá.

Rodrigo. Quién lo dice?

Saturio. Yo.

Rodrigo. Cuando lo dices tú...

Saturio. Ya prevengo un *ambigú*
 que mi triunfo solemnice.

Rodrigo. Cómo puedes recrearte
 con semejante quimera
 si no conoces siquiera
 los rudimentos del arte?
 Ah! Si Dios no lo remedia...

Saturio. No estudié, pese á tu casta,
 gramática...

Rodrigo. Y eso basta
 para hacer una comedia?

Saturio. Basta y sobra; y yo no aguanto
 que un primo...

Rodrigo. No te acalores.

Saturio. En la corte hay escritores
 que no saben otro tanto.

Rodrigo. Así son ellos.

- Saturio.* Y en fin,
mi talento nada escaso
puede... Se escriben acaso
las comedias en latin?
- Rodrigo.* No, primo querido: mas...
- Saturio.* Todos alaban la mia.
- Rodrigo.* Algunos por cortesía
y por mofa los demás.
- Saturio.* Se han de gozar en mi daño
los que mi genio estimulan?
- Rodrigo.* Dí mas bien los que te adulan.
- Saturio.* Y tú...
- Rodrigo.* Yo te desengaño.
- Saturio.* Pues con eso nada alcanzas;
no. Por mucho que me digas...
- Rodrigo.* Claro está; tú no mendigas
consejos, sino alabanzas.
- Saturio.* Yo he de brillar en la corte
aunque de envidia te peles,
y ofreceré mis laureles
a los pies de mi consorte.
- Rodrigo.* Aunque digan lo contrario
barba, galan y consueta,
tú no has nacido poeta;
y es designio temerario...
- Saturio.* Cómo! Tú has perdido el seso.
Poeta? Estraño capricho!
Que no soy poeta has dicho?
Bien. Qué tenemos con eso?
Tú de la misa la media
no sabes. Hace en el dia
gran falta la poesia
para urdir una comedia?
Soy yo algun zote, algun bobo?
Yo he leído á *Cañizares*,
á *Arellano*, *Valladares*,
Comella y *Gerardo Lobo*.
Comprendo como el primero
el arte, y sin mucho afan:—
como que he sido galan
en un teatro casero.
Sé muy bien que una comedia

con bodas ha de acabar,
 y á lo sumo ha de durar
 dos horas ó dos y media.
 Sé que en actos se divide,
 y los actos en escenas,
 y que al fin como á un Mecenas
 perdon al pueblo se pide.
 Sé que el escritor novel
 por temor de una derrota
 se anuncia con una nota
 que ocupa medio cartel.
 Me he suscrito esta semana
 á la *Revista*, al *Diario*...
 y he comprado el Diccionario
 de la lengua castellana.
 Pues qué me falta en rigor
 de cuanto se pide á un hombre
 para aspirar al renombre
 de dramático escritor?
 Ser poeta? Qué locura!
 Dime tú, la mayor parte
 de los que ejercen el arte
 son poetas por ventura?
 Solo de Talía al sólio
 un poeta ha de aspirar?
 No, no es posible aguantar
 tan horrible monopolio.
 Fuera mucha tiranía
 que tres autores ó cuatro...
 Vaya! Una cosa es teatro,
 y otra cosa es poesía.

Rodrigo. Inútil es porfiar
 con hombre tan mentecato.

Saturio. Cómo!... Aquí está don Torcuato.
 Él dirá si es regular...

ESCENA IX.

DON SATURIO. DON RODRIGO. DON TORCUATO.

Rodrigo. No te canses. Para qué,
 si yo la palma te cedo?—

(Otro estorbo. Ya no puedo verla á solas.—Volveré.)
(*Se retira saludando á don Torcuato.*)

ESCENA X.

DON SATURIO. DON TORCUATO.

- Torc.* Aquí me tiene usted ya ,
señor mio.
- Saturio.* Ah ! Bien. Me alegro.
Habrá recibido usted
un recado...
- Torc.* Con efecto;
y aunque el lugar de la cita
es muy estraño por cierto...
- Saturio.* Qué dice usted?
- Torc.* No reparo
cuando se trata de un duelo...
- Saturio.* Hombre ! Yo...
- Torc.* Pocas palabras.
El sitio; la hora. Presto.
- Saturio.* Oiga usted...
- Torc.* A mí me toca
elegir las armas.
- Saturio.* Pero...
- Torc.* El florete, ó la pistola:
á eleccion de usted lo dejo.
- Saturio.* Pero quién, hombre de Dios,
quién ha dicho que mi objeto?...
- Torc.*Cuál puede ser ? No es usted
mi rival ? No es caballero ?
Yo amo á Luciana; la adoro;
la idolatro: no lo niego;
usted la adora tambien:
debo pensarlo á lo menos;
usted no renuncia á ella;
yo tampoco, y este pleito
solo puede sentenciarse
con el plomo ó con el hierro.
- Saturio.* Si no hay tal pleito, señor!
Yo soy absoluto dueño

del corazon de Luciana.
 Si á usted le quiso algun tiempo,
 ahora yo solo soy
 el blanco de sus deseos.
 Qué se ha de hacer? Son vaivenes
 de la fortuna. Y por eso
 se han de matar dos hidalgos?
 Soy sensible; lo confieso;
 sé lo que es una pasion,
 y de usted me compadezco.

Torc. Eh! nada de compasiones.
 Un balazo es lo que quiero.

Saturio. Vaya, usted no está en su juicio.
 Yo que de verás le aprecio...

Torc. Don Saturio!...

Saturio. Le he llamado
 para darle un buen consejo.

Procure usted dominar
 ese desgraciado afecto.

No ve usted, santo varon,
 que si muestra sentimiento
 por el desden de Luciana
 hace mayor mi trofeo
 y halaga su vanidad?

No ve usted que el bello sexo?...

Torc. Oh!... Yo no he venido aquí
 á escuchar razonamientos
 de moral.

Saturio. Nada. Usted debe
 manifestarse muy fresco...

Torc. Fresco! Fácil es decirlo.
 Sabe usted que estoy ardiendo?

Saturio. Mal hecho. Yo bien conozco
 que ha sido mucho el desprecio
 conque le ha tratado á usted
 Lucianita.

Torc. Eso no es cierto.

Yo...

Saturio. De qué sirve negarlo?
 Yo soy justo. No lo apruebo.
 Vaya! Tratar de esa suerte
 á un escelente sugeto,

á un...

Torc. Mi paciencia se apura.
Charlatan de los infiernos,
yo he venido...

Saturio. Ya se ve;
tambien tiene usted un genio...
Cachaza, cachaza, amigo.

Torc. (No sé cómo me contengo.)

Saturio. Ella está muerta por mí:
eso lo conoce un ciego;
mas bien pudiera quererme
sin hacer esos extremos;
sin desesperarle á usted,
y echarle un dogal al cuello,
y abismarle...

Torc. Voto á brios!...

Saturio. Yo que de justo me precio
la he reprendido; y no dudo
que ha de hacer muy buen efecto
mi sermon. La pobrecilla
me ama tanto...

Torc. (Yo reviento.)

Saturio. Nada! Usted no dé su brazo
á torcer. Siga viniendo...
Háblela usted como amigo.
Diga usted que han sido un juego,
una chanza sus amores.
Así se pone á cubierto
el amor propio, y en fin...

Torc. (Le voy á ahogar...)

(Se adelanta hácia don Saturio con los brazos levantados en actitud de maltratarle: don Saturio cree que le va á abrazar y le estrecha fuertemente en los suyos quitándole la accion.)

Saturio. Bueno! Bueno!
Un abrazo! Bravo! Amigos
hasta morir.

Torc. (Pugnando por desprenderse.)

Oh! Primero...

ESCENA XI.

DON SATURIO. LUCIANA. DON TORCUATO.

Luciana. Cómo! Abrazados los dos...
(Al llegar *Luciana* se separa don *Saturio* de don *Torcuato*.)

Torc. (Luciana!)

Luciana. Mucho me alegro...

Saturio. Sí; no podías venir,
prenda mía, á mejor tiempo.
El amable don *Torcuato*
reconoce mis derechos,
y nuestra mútua amistad
será de hoy mas el modelo...

Torc. Señora, yo... (Loco está;
mas loco que yo.) Protesto...

Saturio. Ahora bien, haced vosotros
las paces: solos os dejo.
Quiero que seais amigos,
ya que el lazo de Himeneo
no os puede unir, pues yo solo
de ese corazon soy dueño.—
Voy á escribir una carta;
cuatro líneas: pronto vuelvo.—

(A *Luciana*.)

Tú te ries? Bien; lo aplaudo.—

(A don *Torcuato*.)

Usted tambien? Lo celebro.—
Cuánto va á que quiere usted
ser mi padrino?—Lo acepto.

ESCENA XII.

LUCIANA. DON TORCUATO.

Torc. Y yo rio; yo que tengo
en la garganta un cordel!

Luciana. Es posible no reirse
de semejante sandez?

Torc. Cuando él habla de ese modo
alguno le apoya...

Luciana. Quién?
No le he dicho á usted mil veces
que no le puedo querer?

Torc. Ya. Con decírmelo á mí...

Luciana. Yo nunca le he dado pie
para que objeto se crea
de mi cariño; antes bien
si tuviera entendimiento...
Aun me va á comprometer
mi padre á alguna locura.

Torc. Es la locura tal vez
el premiar mi tierno amor;
el ser mi esposa?...

Luciana. No sé.

Torc. Ah ingrata!

Luciana. Yo no decia...

Torc. No se me oculta la hiel
de tus palabras.

Luciana. Volvemos
á la de antes?

Torc. Ya no hay fé;
no hay virtud en las mujeres.
La que parece más fiel...

Luciana. Si usted me dejara hablar,
ya le hubiera dicho...

Torc. Qué?

Luciana. Que con ostigarme tanto,
lejos de hacerme ceder,
convierte en valor mi padre
mi natural timidez;
que ha llegado ya á su colmo
el odio que tengo...

Torc. A quién?

A mí?

Luciana. No, no. A don Saturio;
y encerrada moriré
en un convento primero
que desposarme con él.

Torc. Oh ventura! Yo he vencido.
No me cambio por un rey.
Yo solo...

Luciana. He dicho yo acaso

Torc. que el preferido es usted?
 Cómo! Algun rival oculto
 me disputa el dulce bien
 que mi corazón anhela?

Luciana. Sí señor.

Torc. Quién es? Quién es?
 Dilo, y mi furor...

Luciana. No es hombre.

Torc. No es hombre!—Es quizá mujer?

Luciana. Es ese infame carácter;
 ese genio de Luzbel
 que le hace á usted insufrible.

Torc. Ah! Sí. Maldecido, amen,
 sea yo si á impacientarte
 vuelve mi genio otra vez.

Luciana. Necia seré si tal creo.

Torc. Oh! No. Mírame á tus pies...

ESCENA XIII.

LUCIANA. DON TORCUATO. DON SATURIO, con una pluma en
 la mano.

Saturio. Bravo! Muy bien!—Quieto, quieto.

Torc. Sí, sí: quieto me estaré.

Saturio. Nunca está mejor el diablo
 que á los pies de San Miguel.—
 Ah fiera! Aun no le perdonas?
 Puede hacer mas? Ya le ves.
 Infeliz!—Dale la mano.

Luciana. Yo...

Saturio. Dásela.—No por él,
 sino por mí.

Luciana. Si es forzoso...
 (Qué necio!) Tómela usted.

Saturio. Arriba! Un ósculo ahora
 de amistad. Eh? Bien, muy bien.
 (*Don Torcuato besa la mano á Luciana.*)

ESCENA XIV.

LUCIANA. DON TORCUATO.

Torc. Ah Luciana! Esa fineza
me ha colmado de placer.

Luciana. Déle usted á don Saturio
las gracias; no á mí.

Torc. Cruel,
solo por atormentarme
me niegas el interés
que tu corazon...

Luciana. Confieso
que en el confuso tropel
de afectos que me domina
no me puedo comprender
á mí misma.

Torc. Eso es decir
con amable sencillez
que es usted una coqueta.

Luciana. Bien pudiera suceder
que á pesar mio lo fuese.

Torc. Sí?

Luciana. Con hombres como usted
de ser víctima ó coqueta
no se exime una mujer.

Torc. Ah! No seas ni uno ni otro.
Sé mi único dueño, sé
la delicia de mi vida.
Seré humilde como Abél,
tierno, dócil, confiado...
Lo que tú quieras seré.

Luciana. (Pobre Torcuato! Me adora
á pesar de mi desden.—

(*Le mira sonriéndose.*)

Ah! Cuando dá en ser amable,
quién es mas amable que él?)

Torc. Callas! Me miras! Te ries!
No me queda mas que ver.
Ya soy objeto de mofa
para tí. Digna merced
de mi ardiente amor! Oh cielos!

Al fin la venda rompeis
que me cegaba.

Luciana. Esta es otra!

Si, al contrario...

Torc. Buen papel

estoy haciendo!

Luciana. Torcuato!

Torc. Tanta es mi ridiculez,
que solo soy á tus ojos
un payaso de entremes?

Luciana. Oigame usted...

Torc. Qué he de oír?

Oh vergüenza! Adónde iré,
triste juguete, ludibrio
miserable?...

Luciana. Yo...

Torc. Deten;

deten la lengua perjura.

Luciana. (Ah maldito de cocer!)

Torc. Adios, adios. Yo te juro
por lo mas sagrado...

ESCENA XV.

LUCIANA. DON TORCUATO. DON SATURIO.

Saturio. Eh!

(*Deteniéndole. Luciana se sienta aburrida.*)

Dónde va usted tan de prisa?

Esta noche se va á hacer
mi comedia, y tengo palco;
conque...

Torc. Mal horno de pez
para el palco, y la comedia,
y para el autor también.

Saturio. Cómo!...

Luciana. Por Dios, don Saturio!

(Esta casa es un babel.)

Déjele usted que se vaya
y no vuelva.

Torc. Volveré.

Si; que á mí no se me trata

como á un hombre de la hez
del pueblo; y nos han de oír
los sordos...

Saturio. Dios de Israel!

Qué es esto?

Torc. Si usted se casa
con ese hidalgo soez.

ESCENA XVI.

LUCIANA. DON SATURIO.

Saturio. Diablo de hombre! Qué le has hecho?
que dando tal campanada
se aleja...

Luciana. Nada.

Saturio. Y por nada
coge con la mano el techo?
Vaya; es loco rematado.
Después que yo lo compongo
todo, apearse... Supongo
que él no se habrá propasado.

Luciana. Don Saturio!

Saturio. No te alteres.
Ya sé yo que tu pudor,
y sobre todo el fervor
con que á mí solo me quieres...

Luciana. Quiere usted dejarme en paz?

Saturio. Pues! De mal humor te ha puesto!
Sin duda ese hombre indigesto
se destetó con agraz.—

No respondes? Con quién hablo?

Oh! si yo fuera celoso...

Lucianita! El rostro hermoso
vuelves airada? Qué diablo!...

Esa es ya mucha ternura,

Lucianita. Por los cielos

juro que no tengo celos
de ese jóven. Qué locura!

Antes debo suplicarte

que perdones mi manía.—

Vaya; alégrate, alma mia.

Yo que deseo obsequiarte...

Luciana. (Qué suplicio!)

Saturio. Hoy se ejecuta
mi comedia. Tú vendrás,
por supuesto. Ya verás
qué escena la de la gruta.
Hay también cena, torneo,
máscaras, evoluciones,
un proceso de ladrones,
y naufragio, y tiroteo.
Te divertirás. Qué drama!

Luciana. Sí; como de tal ingenio.

Saturio. Qué sirve Inarco Celenio
para?...

Luciana. Dale! Yo...

Saturio. La dama...

(*Mira su reloj.*)

Oh! Las ocho y doce. Voy...

Vístete tú. La comedia
se empieza á las ocho y media.

Luciana. Para comedias estoy.

Saturio. Qué escucho! Aun no se te pasa
la murria? Ven. No te enfades.

Luciana. Yo? Para oír necedades?

Bastantes oigo en mi casa.

(*Voces dentro como de riña.*)

Saturio. Es posible que te piques
hasta el punto?...

Nemes. (*Dentro.*) No señor.

Saturio. Calla! Esos gritos...

Nemes. (*Dentro.*) Qué horror!

Ciriaco. No tal. (*Dentro.*)

Nemes. (*Dentro.*) Sí tal.

Ciriaco. (*Dentro.*) No repliques.

Saturio. Acudamos.

ESCENA XVII.

LUCIANA. DON SATURIO. DON CIRIACO. NEMESIA.

Ciriaco. (*En bata.*) Voto á brios!...

Nemes. No señor; no.

Ciriaco. Qué! No mando
yo en mi casa? Desde cuando?...

Nemes. Con ninguno de los dos.
No he de sufrir tal desastre.

Saturio. Sepamos...

Luciana. Padre!...

Saturio. Qué infierno!

Ciriaco. Lo he dicho: será mi yerno.

Nemes. Será lo que tañe un sastre.

Ciriaco. No soy yo su padre?

Nemes. No.

Ciriaco. Qué se entiende?...

Saturio. Vamos...

Luciana. Dime...

Nemes. No es su padre quien la oprime.—
Pero aun vivo, aun vivo yo.

Ciriaco. Gran persona!

Nemes. Gran persona?

Saturio. Haya paz...

Nemes. Aquí lo soy.

Ciriaco. Eso me faltaba hoy;
que una dueña quintañona...

Luciana. Padre!

Saturio. Calle usted, que es mengua...

Nemes. Cuidado con insultarme,
que por menos de un adarme...
No me busque usted la lengua!...

Saturio. Qué osadía! Qué descaró!

Nemes. Mire usted que aquí va á haber
toros y cañas.

Luciana. Mujer!...

Nemes. Mire usted que canto claro.

Ciriaco. Calle!...

Nemes. No me dá la gana.
Sacaré trapos al aire.

A mí hacerme tal desaire!

A mí!

Ciriaco. Márchate, Luciana.

Luciana. Pero...

Ciriaco. Vete.

Saturio. Si. Tu auxilio
no es del caso en tal momento.
Ya verás con mi talento
qué pronto los reconcilio.

ESCENA XVIII.

DON CIRIACO. DON SATURIO. NEMESIA.

Saturio. Vamos, juicio. Sepa yo
de qué nace esta quimera.

Ciriaco. Esa vieja cominera...

Nemes. No, sino usted...

Ciriaco. No.

Nemes. Sí.

Ciriaco. No.

Ella me falta al respeto.

Nemes. Él con fiera ingratitud...

Saturio. Mas flema, que la salud...

Ciriaco. Ella se mete...

Nemes. Me meto...

Saturio. Hable uno solo, por Dios;
y bajo, que las paredes
oyen.

Nemes. Yo.

Saturio. Tienen ustedes
razon de sobra los dos.

Ciriaco. No tal. Yo solo la tengo.

Saturio. Oh! Quién lo duda?

Nemes. Eso no.

Quien tiene razon soy yo.

Saturio. Es claro.

Ciriaco. Miente.

Saturio. Convengo.

(Aun no sé por qué es la riña.)

Nemes. Ese hombre es un Cancerbero

Ciriaco. Cancerbero á mi!

Nemes. Yo quiero
que sea feliz la niña.

Saturio. Prueba de buen corazon.
Y la riñe usted por eso?
Vaya; á no perder el seso...

Ciriaco. Basta, basta de sermon.
No sabes que esa marmota
mis designios contradice
y dice de tí?...

Saturio. Qué dice?

Ciriaco. Que debes comer bellota.

Saturio. Cómo! Y usted no la estruja?

Nemes. A mí?

Saturio. Por vida de quien!...

Nemes. Digo bien; digo muy bien.

Ciriaco. En una esfinge.

Saturio. Una bruja.

Ciriaco. Bruja? eso no. Poco á poco.
Eso de decirla injurias
solo yo...

Saturio. Pero... Qué furias!
Si yo...

Nemes. Silencio!

Saturio. Estoy loco.

(Hasta el fin de la escena hablan los tres á un tiempo.)

Nemes. La culpa, la culpa es mia.

Saturio. Santo Dios omnipotente!

Ciriaco. Por ser yo condescendiente...

Nemes. Quién me dijera algun dia...

Saturio. Basta, basta de alboroto.

Ciriaco. Mas no; ya no me resigno...

Nemes. Que este pago tan indigno...

Saturio. Horrenda imágen de Cloto,
calle usted! Calle usted, suegro!

Ciriaco. Que se aleje esa mujer.

Nemes. Inícuo! Debes tener
ese corazon mas negro...

Saturio. Señora!

Nemes. Traidor, ingrato!

No te acuerdas?...

Ciriaco. Embustera!

Nemes. Si yo á mis veinte volviera...

Saturio. Qué locura! Qué arrebató!

Ciriaco. Afuera, afuera de aquí!

Saturio. No mas!

Nemes. Ya me voy, mal hombre;
mas por vida de mi nombre
tú te acordarás de mí.

ESCENA XIX.

DON SATURIO. DON CIRIACO.

Saturio. Gracias á Dios que se fué!

Ciriaco. Uf! Los bofes voy á echar.

Saturio. Usted se debe alegrar...

Ciriaco. No sé dónde estoy; no sé.—
Y yo que tanto idolatro
la quietud... Baño perdido!

Saturio. Échese todo en olvido.—
Véngase usted al teatro...

Ciriaco. Por San Francisco de Borja
déjeme usted.

Saturio. Esta noche
dán mi comedia, y el coche...

Ciriaco. Qué comedia, ni qué alforja?

ESCENA XX.

DON SATURIO.

Tambien mi suegro? Cuidado
que es mucha conspiracion...

Oh! Yo sé que en la funcion
será mi triunfo colmado.

No es mi esperanza ilusoria.

Si el palco solo se ve,
no importa: lo llenaré

de confianza y de gloria.

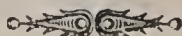
Poetas! Qué envidia os causo!

Oh qué mal vais á cenar!—

Ya mi nombre oigo sonar
con estrepitoso aplauso.
Oh! Tanto laurel me agobia.
Mañana el pueblo en tropel
dirá: «Aquel es; vedle; aquel
es el Cisne de Segovia!»

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.



ESCENA PRIMERA.

LUCIANA. DON CIRIACO.

Luciana. Vaya ; perdonela usted.

Ciriaco. Yo!

Luciana. Por cosa que no vale
la pena...

Ciriaco. Cómo! Me ha dicho
cuatrocientas tempestades.

Luciana. La mucha ley que nos tiene,
es causa de que desbarre
alguna vez...

Ciriaco. Yo no quiero
que nadie en mi casa mande
mas que yo.

Luciana. Si ella se tomã
mas de cuatro libertades,
confiese usted que la culpa
no es suya.

Ciriaco. Pues de quién?

Luciana. Padre,
perdone usted mi franqueza.
Quiso usted que se encargase
del gobierno de la casa...

Ciriaco. Sí: y en cuanto á eso nadie
podrá decir que obré mal.

Es honrada ; fiel...

Luciana. No obstante,
usted la dió desde luego
muchas alas , y ya es tarde
para cortárselas.

Ciriaco. Eh ?

Luciana. Al menos en mi dictámen
no es prudente , ni es posible
destruir en un instante
la obra de tantos años.

Ciriaco. Que no ? Pues...

Luciana. Por otra parte,
despedirla sin piedad...

Ciriaco. Sí, tal , antes que me arañe ,
que segun la veo...

Luciana. Vamos ,
á qué quiere usted mostrarse
rencoroso si jamás
lo ha sido ?

Ciriaco. No , no te canses.
A casa no ha de volver.

Luciana. Por qué ? Yo salgo garante
de su enmienda.

Ciriaco. Tú ?

Luciana. No dudo
que la riña de esta tarde
le servirá de leccion
para ser en adelante
mas sumisa y apacible.

Ciriaco. Tiene acibar en la sangre.

Luciana. No señor. Es que su celo...

Ciriaco. Me servia á mí de balde ?

Luciana. Ya está arrepentida.

Ciriaco. Cómo !

Tú la has visto ?

Luciana. Si ; poco hace. —
Dónde quiere usted que vaya
la infeliz llena de achaques ,
anciana...

Ciriaco. Tienes razon. —

Pero yo no he de humillarme...

Luciana. Ni yo lo pretendo.

- Ciriaco.* Bien. —
No siendo yo quien la llame...
- Luciana.* Si no ha salido de casa!
- Ciriaco.* Ahora con eso me sales?
- Luciana.* Yo en la puerta la detuve
y la precisé á quedarse
contando con la indulgencia
de usted.
- Ciriaco.* Si en algo soy frágil
es en eso. Y dónde está?
- Luciana.* En su cuarto.
- Ciriaco.* Hecha un vinagre?
Por supuesto.
- Luciana.* No señor:
llorando.
- Ciriaco.* (*Enternecido.*) Llorando! — El diantre
de las lágrimas!...
- Luciana.* La llamo?
- Ciriaco.* No, que no quiero que se arme
de nuevo la pelotera.
Quédese en casa, y no se hable
mas del asunto. — (Estas son
consecuencias naturales
de mi... Si el hombre mirára...
En fin, justo es que yo pague...) (*Enojado.*)
Ya he dicho que la perdono.
No vuelvas á importunarme.
- Luciana.* Si no digo una palabra!
- Ciriaco.* Hum!...
- Luciana.* Le doy á usted millares
de gracias...
- Ciriaco.* Basta.
- Luciana.* (Callemos,
no haga el diablo que se enfade...)
Va usted á salir, papá?
- Ciriaco.* Sí; voy al café un instante. —
Escucha: ya sé que ha vuelto
don Torcuato á visitarte.
- Luciana.* Llamado por don Saturio,
que es un...
- Ciriaco.* Sí, sí, un badulaque.
Y sin duda don Torcuato

á fuer de rendido amante
volverá luego á la hora
de la tertulia.

Luciana. Es probable.

Ciriaco. Me alegro. Pues esta noche
le diré yo sin andarme
por las ramas que se vaya
con la música á otra parte.
Tú le amas...

Luciana. Yo...

Ciriaco. Sí. Por eso
has hecho tantos desaires
á don Saturio.

Luciana. Y por qué
tanto empeño en que me case
con ese hombre?

Ciriaco. Es mayorazgo,
y sus rentas...

Luciana. Pero, padre,
qué falta me hacen rentas?
Soy yo pobre vergonzante
para...

Ciriaco. Es regidor perpétuo,
y su esclarecida sangre...

Luciana. Iré á lucir en el Prado
los timbres de su linaje?
Hacer pruebas de nobleza
hoy día para casarse!
Qué tienen, pues, de comun
en este siglo mercante
con el santo matrimonio
las órdenes militares?
Qué importa que sus abuelos
venciesen á los alarbes,
si él es un pobre demonio,
vanidoso, extravagante
que nos tiene ya á los dos
achicharrada la sangre?

Ciriaco. En parte no dices mal.
Don Saturio es petulante.
No me oye con atención
cuando le cuento algun lance ;

cuando gusto de reñir
se empeña en que haga las paces;
quiere llevarme al teatro
cuando yo estoy para ahorcarme;
en todo me contradice,
y esto no le gusta á nadie;
mas ya le dí mi palabra,
y no esperes que yo falte...

Luciana. Y á una palabra indiscreta
quiere usted sacrificarme?

Ciriaco. Tu felicidad deseo;
mas...

Luciana. Ah! Con ese carácter
puede hacerme venturosa?

Ciriaco. Cómo no, si es tan afable,
tan complaciente, tan blando?

Luciana. Esas bellas cualidades
pierden toda su virtud
por la causa de que nacen.
Tan poco dama soy yo,
ó tan bello y tan amable
es él, que nunca he de verle
celoso...

Ciriaco. Celoso? Calle!
Tú quieres que tenga celos?

Luciana. Los tendria si me amase;
pero es mas su vanidad
que su amor.

Ciriaco. Si él te complace,
qué mas quieres?

Luciana. Suponer
que nadie puede agradarme
sino él, y que el alma mia
se ha rendido sin combate
á su mérito sublime,
es un insulto, un ultraje
que yo no puedo sufrir;
y antes que con él me case
soy capaz...

Ciriaco. Cómo se entiende?...

Luciana. Jamás.

Ciriaco. Qué tono arrogante

es ese? De cuándo acá?...

Luciana. Usted me precisa á hablarle de este modo. Si he mostrado hasta ahora resignarme con la voluntad de usted, es porque he creído fácil el lograr que don Saturio á mi mano renunciase; pero visto que ni burlas, ni repetidos desaires le convencen, antes bien todas las juzga señales del amor mas acendrado, forzoso es que ya declare mi firme resolucion de consentir que me maten primero que dar mi mano á tan necio personaje.

Ciriaco. Qué escucho! Tú te me atreves?

Luciana. Yo, papá...

Ciriaco. Tú te sustraes á mi autoridad paterna!

Luciana. Señor...

Ciriaco. Que una ama de llaves se las apueste á su amo; eso ya es corriente; pase: muchos solterones hay que sufren ese percance con resignacion cristiana; pero una hija á su padre!

Luciana. Ah! No. Aplaque usted su enojo, que primero que yo cause á quien me dió la existencia la menor pena...

Ciriaco. Adelante.

(Las lágrimas se me saltan. Que mi corazon se ablande con tanta facilidad!).

No prosigues? (*Afectando severidad.*)

Luciana. Usted me hace temblar.

Ciriaco. Qué temblar? Acaso

- soy yo algun Abencerrage?
- Luciana.* Digo que si usted se obstina,
padre mio, en desposarme
con don Saturio, mi mano
está pronta. Los pesares
me matarán; mas qué importa?
- Ciriaco.* (Esta muchacha es un ángel.)
- Luciana.* El amor filial lo exige.
Paciencia!
- Ciriaco.* (Ya ha dado al traste
con mi rigor.)
- Luciana.* Mande usted
que las galas me preparen
de boda;... y al mismo tiempo
las antorchas funerales.
- Ciriaco.* Hija!
- Luciana.* Postrada á esos pies...
- Ciriaco.* Levanta.—Virgen del Cármen!...
Basta.
- Luciana.* Mi sentencia espero.
- Ciriaco.* Ya he dicho que te levantes.
- Luciana.* Pero... Si...
- Ciriaco.* (La hace levantar y la abraza.)
Ven á mis brazos.
Si no quieres, no te cases
con don Saturio. Dirá
que yo soy un botarate:
pero primero es tu vida.
- Luciana.* Qué bondad!
- Ciriaco.* Y mas que rabie;
y mas que se queje á Poncio
Pilato.
- Luciana.* Querido padre!
- Ciriaco.* Si, Lucianita. No quiero
que algun dia me comparen
con esos padres feroces
de novelas y romances.
Cásate con don Torcuato;
y si haces un disparate
allá te avengas con él.
- Luciana.* Si valiera mi dictámen...
- Ciriaco.* Tú le amas.

Luciana. Yo... La verdad...

Ciriaco. Vamos, melindres aparte.
Si yo quiero darte gusto!
Me basta que tú le ames...

Luciana. Yo confieso que algun día
le tuve afición. No obstante...

Ciriaco. Qué es eso?

Luciana. Dice el adagio,
señor, antes que te cases
mira lo que haces.

Ciriaco. Ahora
te me vienes con refranes?

Luciana. Yo sería mas feliz
no casándome con nadie.

Ciriaco. Chica, chica! Dónde estamos?
Tú te has propuesto moñarte
de mí.

Luciana. De usted, padre mio?

Ciriaco. Por vida de los Algarbes!...
Te caso con otro, y basta
para que tú le idolatres:
te caso con él, y ya
no puedes atravesarle.
Oh qué espíritu endiablado
de contradicción!

Luciana. Dios sabe....

Ciriaco. Dios sabe que las mujeres
son volubles como el aire;
Dios sabe que ya me canso
de ser complaciente en balde;
Dios sabe que un padre viudo
no es el custodio mas hábil
para una niña ojinegra
que quiere lucir el talle;
Dios sabe bien que ya es hora
de que yo duerma y descanse,
y de que algun nietecillo
me consuele en los afanes
de la vejez; sabe Dios
que no están hoy tan sobrantes
los novios para que tú
en escrúpulos te pares;

y, en fin, sabe Dios, Luciana,
 que á uno de tus dos amantes
 has de dar el sí esta noche,
 sino es que Dios te depare
 algun tercero en discordia
 que del empeño te saque.
 De lo contrario, te juro
 que otro campo de Agramante
 va á ser esta casa: entiendes?
 (Gran cosa es tener carácter.)

ESCENA II.

LUCIANA.

Vaya que tambien me pone
 mi padre en terrible apuro!
 Con cualquiera que me case
 de los dos voy al sepulcro
 en quince dias.— ¡Dios mio!
 Por qué la suerte dispuso
 que no pueda una mujer
 buscar marido á su gusto?
 Tirana opinion, si yo
 pudiera romper tu yugo;
 si no temiese... ¡Infeliz!
 En qué mi esperanza fundo?
 No me ama don Rodrigo;
 no. Ningun amante es mudo
 cuando conoce que agrada
 y al menos está seguro
 de no sufrir un desprecio.
 Ah!... Y en tanto el testarudo
 de mi padre... Y soy tan débil
 que por temer un abuso
 de su autoridad!... No, no.
 Resuelta estoy. Con ninguno.—
 (*Saca un billete.*)
 Aquí está la humilde carta
 en que se acoge á mi indulto
 don Torcuato y me promete...
 No. Ya es tarde. Yo le juro...

Lo mejor será escribirle
diciéndole sin preludios
que se vaya enhoramala.

(*Se sienta á escribir.*)

Sí, sí. Y al tal don Saturio
lo mismo. Una circular:
no me queda otro recurso.
A ver si una vez consigo
verme libre de importunos! (*Escribe.*)

ESCENA III.

LUCIANA. DON RODRIGO.

Rodrigo. (Segun me ha dicho Simon
sola está. Mas oportuna
no puede ser la ocasion.
Ah! Si tengo la fortuna
de rendir su corazón...)

Luciana. Quién ha entrado? Don Rodrigo!
(*Se levanta.*)

Rodrigo. Sentiria incomodar...

Luciana. Nunca incomoda un amigo.
Venia usted á ensayar
aquel *dueto* conmigo?

Rodrigo. Otro es el objeto ahora
de mi visita, señora.
Si usted me dá su licencia;
si cuento con su indulgencia...

Luciana. Mi indulgencia? Usted la implora!

Rodrigo. Pero usted, si no me engaño,
estaba escribiendo.

Luciana. Sí.

Rodrigo. A don Torcuato?

Luciana. Es estraño?

Rodrigo. De amor?

Luciana. No es él para mí.

Le receto un desengaño.

Lea usted, no hablo de chanza,
lea usted lo que escribia.

Rodrigo. Señora, tal confianza
merece?...

Luciana. De usted la haria
mayor.

Rodrigo. (Oh dulce esperanza!)

Luciana. Lea usted. Yo escribo mal,
pero claro. (Oh Dios! Se inmuta.)

Rodrigo. (Perfectamente.)

Luciana. Qué tal?

Rodrigo. Este billete es igual
á una licencia absoluta.

Luciana. Otro del mismo tenor
prevenia mi rigor
al hidalgo de Segovia.

Rodrigo. Así paga usted su amor?

Luciana. Vaya á buscar otra novia.

Rodrigo. Qué dirá el presunto suegro?

Luciana. Si en esto pena le doy,
no es mi destino mas negro?
Ayer dos amantes, y hoy
ni uno siquiera!

Rodrigo. Me alegro.

Luciana. Se alegra usted?

Rodrigo. En el alma.

Luciana. Muchas gracias, caballero.

Rodrigo. Así en halagüeña calma
puede aspirar á la palma
otro amante mas sincero.

Luciana. Otro amante! Dónde está?
Por qué se oculta á mis ojos?

Rodrigo. Luciana!

Luciana. (Ay Dios! Si será...)

Es porque teme quizá
ser blanco de mis enojos?
Yo no soy ninguna arpía!

Rodrigo. No, sino apacible y bella
cual la luz del nuevo dia;
pero tiene mala estrella
como amante, y desconfia...

Luciana. Pero en qué, si no me trata,
en qué funda su temor?
Puedo yo ser en rigor
ni agradecida ni ingrata
á un desconocido amor?

Rodrigo. No es tan oculto el amante
ni el amor conque batalla ;
no , amiga , que á cada instante
aunque su lengua lo calla
lo revela su semblante.

Luciana. A silencio tan tenaz
quizá su orgullo le impulsa.

Rodrigo. Ni es orgulloso ni audaz.

Luciana. Si es su amor tan eficaz...

Rodrigo. Quién no teme una repulsa ?

Luciana. Cómo sabe usted su arcano ?

Rodrigo. Nuestra amistad...

Luciana. Don Rodrigo !

Rodrigo. Le quiero como á un hermano.

Luciana. Vaya que es usted amigo
de todo el género humano !

Rodrigo. Luciana , no es ya ocasion
de reprimir ni callar
la mas ardiente pasion
que jamás pudo albergar
un sensible corazon.
Si la ha callado hasta ahora
el que tan rendido adora
de ese rostro el dulce iman ,
no es sin motivo , señora ,
que era al fin... tercer galan.
Este empleo no le gusta ,
Lucianita ; y sabe Dios
que su prudencia era justa.
Un rival á nadie asusta ;
mas quién se atreve con dos ?
Sufria , pues , y callaba ,
mas siempre obsequioso y fiel
la preferencia anhelaba.
Qué otro arbitrio le quedaba
en conflicto tan cruel ?
Sino amado , mereció
ser estimado á lo menos ,
y su esperanza fundó
en los errores agenos ,
ya que en su mérito no.
No de ellos hablaba mal

con usted; que en su opinion
el deprimir á un rival
es medio ruin , criminal
de ganar un corazon.

Mas , cual si fuera su intento
á mi amigo proteger
y no el triunfo merecer ,
ambos tuvieron talento...
para hacerse aborrecer.

Mi amigo en tanto ocultaba
bajo el velo de amistad
la pasion que le abrasaba ;
y á tan sublime beldad
en silencio idolatraba.

Sabe Dios si á su despecho
tanto sacrificio ha hecho ;
que aunque es grande su temor
mal contenia al amor
en la cárcel de su pecho.

Mas á tanto afan ; señora ,
debe tambien la ventura
de añadir mas precio ahora
á las prendas que atesora
tan peregrina hermosura ;
que amorosa intimidad
produce mas de un error ,
y la mujer en verdad
no reserva á la amistad
lo que disfrazaba al amor.

Sea en fin grata ó cruel
Luciana , llegó el instante
de que reconozca en él
á un tiempo su amigo fiel
y su mas rendido amante.

Luciana. Estraña declaracion !

Quién vió tanta precaucion
para descubrir un hombre
su acrisolada-pasion ?

Y aun me calla usted su nombre !
Por fortuna yo lo sé.

Rodrigo. Lucianita !...

Luciana. Y no me pesa.

Hombre que con tanta fé
por mi dicha se interesa,
quién puede ser sino usted?

Rodrigo. Sí, vida mia; humillado
á esas plantas lo confieso.

Luciana. Hola! El galan moderado
á mis pies arrodillado!
Tanto orgullo para eso!

Rodrigo. (Cielos! Todo lo perdi.)
Será usted tan inhumana
que ahora se burle de mí?

Luciana. No por vida de Luciana;...
pero está usted bien así.

Rodrigo. Yo...

Luciana. Con franqueza lo digo.
Esto es ser en realidad
mi amante.

Rodrigo. El cielo es testigo...

Luciana. Era ya mucha amistad
la del señor don Rodrigo!

Rodrigo. Ah! Mi desventura extrema
en esa risa contemplo.

Luciana. No estrañe usted que yo tema...
Eso de amar pide flema.—
Usted me ha dado el ejemplo.

Rodrigo. Qué, señora! Mi humildad
no ha de merecer piedad?...

Luciana. Esa humildad es mi gloria;
que ya dudaba en verdad
de conseguir la victoria.

Rodrigo. La victoria! Usted podia
dudar que la dicha mia?...

Luciana. Se cifraba en mi cariño?
Ahora lo veo, y un niño
de la escuela lo veria.
Veo el cordial interés
de un galan fino y constante
que ha necesitado un mes
para llamarse mi amante,
para postrarse á mis pies.
Veo en fin el desconsuelo,
veo el afan conque al cielo

está pidiendo, no en vano, ...
una generosa mano
que le levante del suelo.

(Le levanta. Don Rodrigo besa la mano de Luciana.)

Rodrigo. Es posible!... Oh dulce bien!
Cesó mi duro quebranto.
Ya no temo tu desden...

Luciana. Cómo! Besarla tambien?
No la doy yo para tanto.—
Basta; no mas.— Siento abrir...
Quizá don Torcuato... Adios.

Rodrigo. Huye usted!...

Luciana. Pues no he de huir
si ya no puedo sufrir
á ninguno de los dos?

(Aparece don Torcuato y se detiene á la puerta.)

Rodrigo. Conque?...

Luciana. *(En voz baja.)* Ahí está...

Rodrigo. *(En voz baja.)* No es ingrato
al amor mas verdadero
tu pecho?...

Luciana. *(En voz baja.)* Calla, insensato!
He de decir que te quiero
delante de don Torcuato?

ESCENA IV.

DON RODRIGO. DON TORCUATO.

Torc. Oh mi amigo! Yo me aplaudo...

Rodrigo. Buenas noches...

Torc. Solo fundo
en usted mis esperanzas,
y es para mí buen anuncio...

Rodrigo. Permítame usted...

Torc. Yo tengo
un carácter algo brusco,
lo confieso, y es mi flaco
recelar de todo el mundo;
pero me ha inspirado usted
tal confianza que no dudo...

Rodrigo. No hay motivo...

Torc. Usted perdone
si á mi pesar le interrumpo.
Usted tiene fortaleza
para arrostrar el impulso
de las pasiones.

Rodrigo. No tal.
Mi corazon no es de estuco.
(Vaya, que es fisonomista
don Torcuato cual ninguno!)

Torc. No ama usted á esa belleza
que está abriendo mi sepulcro,
y al mismo tiempo es usted
el mayor amigo suyo.
Sé muy bien por otra parte
que mi rival don Saturio,
aunque pariente de usted,
no es quien... Por Dios! Ya concluyo.
No es quien usted considera
mas digno del dulce nudo
á que aspiramos los dos;
y aunque tampoco me juzgo
acreedor á tanta dicha,
si cuento con el influjo
de usted...

Rodrigo. Amigo, yo siento...

Torc. Malo! Malo! Ya barrunto
que está Luciana furiosa
contra mí.

Rodrigo. Yo...

Torc. Qué de insultos,
qué de pestes habrá dicho!
Ya se ve; yo soy un buho,
desconfiado, intratable...
Pero por los cielos juro
que la adoro; y que al momento
que la doy algun disgusto
me entra un pesar, una... Vamos,
no daré mas en el flujo
de ser celoso. Y con esto
qué adelanto? Me consumo,
me desespero y me espongo
á las sátiras del vulgo.—

Yo vengo á pedir su mano.
 El momento es oportuno
 porque sé que mi rival
 no ha de arrebatarme el triunfo.
 No. Luciana le detesta,
 se mofa de él; y presumo
 que hará conmigo las paces
 si la interseccion que busco
 me dispensa don Rodrigo.
 Por Dios, por Dios trino y uno
 hable usted en mi favor
 á la hija, al padre... ¡Cuál sudo!
 y á la vieja, pues á tanta
 humillacion me redujo
 mi infausto amor. Sea usted
 mi luz, mi amparo, mi escudo,
 mi ángel tutelar en fin,
 porque si en tanto infortunio
 me abandona, no hay remedio,
 en el canal me sepulto.

Rodrigo. Qué locura! No es mejor
 renunciar...

Torc. No, no renuncio.
 Valgo mas que el segoviano,
 y postergarme no es justo
 á semejante individuo.
 No faltaba mas!

Rodrigo. Abundo
 en esa idea. No obstante,
 puede que otro...

Torc. Me aventuro
 á todo. La incertidumbre
 es el mas cruel verdugo
 para mí.

Rodrigo. (Tú saldrás de ella
 antes de veinte minutos.)—
 Alguien viene... Es don Ciriaco.

ESCENA V.

DON CIRIACO. DON RODRIGO. DON TORCUATO.

Ciriaco. Señores míos, saludo
á ustedes.

Rodrigo. Felices noches.

Ciriaco. Vienen ustedes alguno
de hácia la plazuela?

Rodrigo. Yo?

No.

Torc. Yo he traído otro rumbo.

Ciriaco. Ah! Pues no saben ustedes
el lance... Es cosa de gusto.
Vaya, que la tal plazuela
de Santa Ana... Allá á lo oscuro,
en un banco confidente
de pasatiempos nocturnos
estaban dama y galán
tratando de sus asuntos.
Los veo, paso de largo
y hácia el otro lado cruzo;
pero apenas hube vuelto
las espaldas, cuando escucho
voces como de camorra.
Acudo al banco; y un chulo...
asi... del cuerpo de usted, ...

(Palpando á don Rodrigo y luego á don Torcuato.)

no; mas delgado de muslos;
gran patilla, mal carado,
vomitaba mil insultos
contra el galán consabido,
que era... como usted: enjuto,
pero agraciado; bien puesto,
ojos garzos, pelo rubio.
A las primeras palabras
la Lucrecia no se anduvo
en chiquitas: vuelve grupas
y no pára hasta el Refugio.
Acuden los aguadores,
las pasiegas!... Qué barullo!
Los chicos de la candela,

los vecinos ;... todo el mundo.
 Qué gritar ! Nadie se entiende.
 En esto cejando el uno...
 Por ejemplo , usted.

(*Haciendo retroceder á don Torcuato.*)

Rodrigo. (*Ap. á don Torcuato.*) Cachaza !

Torc. Por vida de...

Rodrigo. (*Ap. á don Torcuato.*)

Disimulo !

Ciriaco. Y avanzando el otro , llegan
 á la fuente. El iracundo
 reciénvenido , que es hombre
 de alma negra y recios puños ,
 coge al otro , lo levanta...

(*Queriendo levantar en alto á don Torcuato.*)

Torc. (*Desprendiéndose vivamente.*)

Quieto , quieto. Yo concluyo
 la narracion. Lo columpia ,
 y entre la risa del vulgo
 lo zambulle en el pilon.
 Crece entonces el tumulto ;
 el agresor se escabulle ;
 el otro , que no es besugo ,
 procura salir del agua
 y le ayudan los farrucos ;
 viene la guardia y le arrestan
 para mayor infortunio ;
 huye usted por no esponerse
 á un culatazo importuno ,
 y entra en su casa : esta es
 la historia punto por punto.

Ciriaco. Tiene usted razon , amigo ;
 pero cómo ?... yo me aturdo ,
 cómo ha adivinado usted ?...

Torc. Es que era grande mi apuro.
 Si Dios no me hace profeta
 ya estaria yo difunto.

Ciriaco. Yo... Pero quién entra ? Calle !
 El insigne don Saturio.

ESCENA VI.

DON SATURIO. DON CIRIACO. DON RODRIGO. DON TORCUATO.

Ciriaco. Tan pronto! A las nueve y media!
Se ha acabado la comedia?

Saturio. Voy á responder mas cómodo. (*Se sienta.*)
— Sí señor, y no señor.

Ciriaco. Cómo!...

Saturio. El informe es exacto.
Hemos suprimido un acto.

Ciriaco. Hombre!

Saturio. Ha renunciado al último
el benigno espectador.

Ciriaco. Singular economía!

Saturio. Tanto era el calor que hacia...

Torc. Vaya, habrá apestado al público
el drama...

Saturio. Creo que sí.

Torc. El hombre no se acalora.

Rodrigo. Y á quién culparás ahora?...

Saturio. Yo hecho la culpa á los cómicos, ...
y ellos me la echan á mí.

Ciriaco. Tú dijiste mil loores
no há mucho de los actores.

Saturio. Pues bien: habré sido víctima
de alguna intriga infernal.

Desde la primera escena,
y por cierto que es muy buena,
sentí levantado el látigo
contra mi drama. Qué tal?

Se redobló el aguacero
al fin del acto primero,
y eso que hay allí dos párrafos
que parten el corazón.

Se empieza el acto segundo,
y el público furibundo
grita por todos los ángulos:

«Basta ya! Caiga el telon!»

Prosigue no obstante el drama:
de nuevo la gente brama,
y qué confusión! qué estrépito!

:

Otra torre de Babel.

Manda por fin el alcalde
que cese el drama, y en balde
reclamaba yo frenético
la promesa del cartel:

Pronto mi afán interpreta
un *quidam* de la luneta
y esclama: «Aquel energúmeno
es el autor!—El autor!...»

Animas del Purgatorio,
cuál bufaba el auditorio!...

Y yo allí firme, impertérrito
en el campo del honor.

No hay quien al pueblo contenga;
hablo; no se oye mi arenga;
entra en mi palco un satélite,
y me hace salir de allí:
obedezco; escondo el bulto;
en medio de aquel tumulto
me presta su coche un prójimo
y... No hay más. Ya estoy aquí.

Ciriaco. Y que á un hombre se persiga
de ese modo!

Saturio. Es una intriga: (*Se levanta.*)
ya lo he dicho. Siempre al mérito
persigue la envidia vil.

Ciriaco. Pues véngate de la ofensa
dando tu drama á la prensa...

Saturio. Por supuesto, y con un prólogo
que ha de arder en un candil.

Rodrigo. Pero, hombre, has de ser tan necio...

Saturio. (*Sin oirlo.*) Tranquilo estoy. Los desprecio.

Rodrigo. Déjate ya...

Saturio. Gente estólida!

Yo apelo al pio lector.

Torc. El pueblo fué muy severo.
Tal vez el acto terceró...

Saturio. Toma! Es un acto magnífico.

Torc. Oh! Ya supongo...

Saturio. El mejor.

Torc. Ya se ve; no lo han oído...

Saturio. En vano lo he pretendido.

Torc. Hombre! una idea bellísima
me ocurre.

Saturio. Sepamos cuál.

Torc. Eche usted al drama un remiendo
los tres actos refundiendo
y empezando por el último;
y se hace usted inmortal.

Saturio. Pues, mire usted, no estoy lejos...
Mas no he menester consejos.—
Ni se ha de abatir mi espíritu
por tan pequeño revés.—
Basta de literatura
y hablemos de mi futura.
Llegó ya el momento placido,
ó he de esperar otro mes?...

Ciriaco. No, no. Esta noche es forzoso
que elija Luciana esposo.

Saturio. Ya lo eligió. Qué preámbulos!...

Torc. Yo la adoro.

Ciriaco. Lo sé ya.—

Luciana!

Torc. Su mano bella...

Saturio. Yo estoy tan seguro de ella
que...

Ciriaco. Despacio.

Torc. Si me es lícito...

Ciriaco. Bien. Un momento... Aquí está.

ESCENA VII.

LUCIANA. DON SATURIO. DON CIRIACO. DON RODRIGO. DON
TORCUATO. NEMESIA.

Nemes. (*Ap. á Luciana.*)
Señorita, ya ha llegado
el momento decisivo.

Buen ánimo. Aquí estoy yo.

Ciriaco. Hija mia, ya te he dicho
que esta noche sin mas tregua
has de elejir un marido.
Bien te pudiera obligar
consecuente en mis designios

á casarte con el novio
 por tu padre preferido;
 mas cede la autoridad
 al impulso del cariño,
 y algo se ha de conceder
 de una dñcella al capricho.
 Aquí están los candidatos:
 ambos te son conocidos.
 Mira tú cuál de los dos
 es de tu mano el mas digno,
 dásela en presencia mia,
 y alabado sea Cristo.

Torc. (Temblando estoy. No me mira...
 Calla... Gran Dios! Soy perdido.)
 Señor...

Saturio. Pido la palabra.—
 Amigo y muy señor mio,
 yo debiera protestar
 contra un acto que en mi juicio
 tiende á anular mis derechos,
 justamente establecidos
 en la palabra formal
 que usted me ha dado hace un siglo
 de ser mi suegro. No obstante,
 como estoy tan convencido
 del amor que me profesa
 Lucianita, la autorizo
 para que pronuncie un fallo
 en que mi ventura cifro.
 Así no dará Madrid
 el nombre de donativo
 á lo que es una conquista;
 así el paternal dominio
 no há menester instalarme
 en un corazon que es mio.

Nemes. (Qué fantasmon! Le daría
 mas bofetadas...)

Saturio. He dicho.
 Hable ahora la interesada.

Ciriaco. Hable pues.

Torc. (Ap. con don Rodrigo.)
 Yo desconfio;

yo temo...

Rodrigo. (Tampoco yo
las tengo todas conmigo.)

Luciana. Padre mio, usted me pone
en un cruel compromiso.
Aquí en presencia de todos
declarar....

Ciriaco. No hay otro arbitrio.

Saturio. Cómo ha de ser? Don Torcuato
es un mozo comedido,
juicioso, urbano, prudente;
y puesto que es ya preciso
desengañarle...

Torc. Oiga usted!

De ningun hombre nacido
sufro yo...

Ciriaco. Por Dios, señores!
Qué es esto? Un poco de juicio.—
Vamos, hablas tú esta noche?

Luciana. Sea cual fuere el partido
que yo tome, no es posible
que agrade á todos.

Ciriaco. Yo exijo...

Luciana. No me gusta desairar
á nadie.

Saturio. Pues! No lo digo?

Ciriaco. Ea, escrúpulos á un lado.

Luciana. Padre, es mucho sacrificio
el que exige usted de mí,
y yo no me determino...

Ciriaco. Ahora salimos con eso?

Luciana. Mas para evitar litigios
y escusarme á mí el rubor
que en vano á vencer me animo,
consiento en dar mis poderes...
al señor.

Ciriaco. Cómo!

Saturio. A mi primo!

Rodrigo. Yo, señorita...

Luciana. Él de todos
es confidente y amigo:
él es buen observador

y conocer ha podido
 las prendas y los defectos
 de los que con tanto ahinco
 pretenden mi mano: acaso
 tambien habrá conocido
 á quien dá la preferencia
 mi corazon...

Saturio. Gran prodigio!
 Aunque fuera un topo...

Luciana. En fin,
 yo en él solo deposito
 mi confianza, y á su fallo
 sin murmurar me resigno.

Ciriaco. Dice bien. Un imparcial...
 Quién mejor que don Rodrigo...
 Aprobado.

Saturio. Me conformo.—
 (Se están mirando hito á hito.—
 Ahora me mira Luciana.—
 Ahora se rie.— Está visto;
 yo venzo.)

Torc. (Será capaz
 de preferir á ese mico...
 No, no lo puedo creer.—
 Pero quién sabe?... Es su primo...)

Ciriaco. Don Torcuato. Usted qué dice?

Torc. Yo?... Qué he decir? Que admito
 la proposicion. Salgamos
 cuanto antes del laberinto
 y acabemos, que ya estoy
 para dar un estallido.

Rodrigo. Delicada comision
 es esta, y si bien medito
 sus consecuencias... Yo creo
 que al labio puro y sencillo
 de Luciana corresponde...

Ciriaco. No, no. Ya está convenido
 que usted sea el juez.

Rodrigo. Yo siento...

Luciana. Mire usted que si yo elijo
 á todos los dejo iguales.
 Vacila usted?

Rodrigo. No vacilo.

Me dán ustedes palabra
sea cual fuere mi juicio
de atenerse á él?

Ciriaco. La doy.

Saturio. La damos.

Nemes. Yo la confirmo.

Rodrigo. Don Torcuato es un mancebo
por muchos títulos digno
de mi aprecio. Tiene un alma
de fuego, y otro mas fino,
otro amante mas sensible
á los dulces atractivos
de Luciana, ni capaz
de mayores sacrificios
quizá no pudiera hallarse
á no buscarlo en los libros.

Torc. (Oh dicha!)

Rodrigo. Pero...

Torc. (Ese pero
me asesina.)

Saturio. (Yo me rio
de verle tan azorado.)

Ciriaco. Prosiga usted.

Rodrigo. Ya prosigo.

Pero es lástima que tenga
un carácter tan sombrío,
tan suspicaz, tan celoso,
pues con él le vaticino
poca dicha con las damas.
A quién agrada un marido
perpétuamente quejoso,
siempre soñando delitos,
atalaya sempiterno
y tirano vitalicio,
que vive con su mujer
como en pais enemigo?
Nunca el verdadero amor
se cifra en esos delirios,
ni la doméstica paz
se halla por ese camino.—
Creo pues que Lucianita

le estima á usted como amigo ,
pero...

Torc. No diga usted mas.
Infiel! Ingrata!... Maldito
sea mi amor y...

Saturio. (Me dá
compasion el pobrecillo.)

Rodrigo. Por el extremo contrario
peca Saturio mi primo ;
y no sé en cuál de los dos
está mas patente el vicio.—
Qué digo? Un hombre celoso ,
aun siéndolo sin motivo ,
prueba á su mujer al menos
que la adora , y el suplicio
á que condenada vive
tal vez logra algun alivio
con el incienso en las aras
de su amor propio ofrecido ;
mas un marido insolente
que hacer piensa un beneficio
á su mujer si la mira ;
y desprecia los peligros ,
menos por hacer justicia
á la virtud y al cariño
de su humillada consorte
que por no mostrar indicios
de lo que llama flaqueza
su orgullo insensato , indigno ,
puede amarla por ventura
si solo se ama á sí mismo?

Saturio. Eso es decir...

Rodrigo. Es decir
que no se casa contigo
Luciana.

Saturio. Qué! Te chanceas.

Rodrigo. No tal. Yo...

Saturio. Qué desatino!
Cuánto va á que ella no dice?...

Luciana. Sí señor; y lo repito.

Saturio. Cómo!... Qué ultraje! Qué infamia!
Es esto juego de niños?

Despues de tantas finezas ,
despues?... (Pero á qué me irrito ,
necio de mí , si todo esto
es sin duda un artificio?...

Claro está. Pues: para echar
al otro.— Sí. Estoy tranquilo.)

Ciriaco. Vaya , vaya ! Estoy absorto.
Conque sacamos en limpio
despues de tanta parola
que ambos quedan escluidos?
Pues , señor mio , no es eso
lo tratado; no. Yo insisto...

Rodrigo. Déjeme usted concluir,
don Ciriaco. No imagino
que sea fácil hallar
quien merezca tanto hechizo;
mas si entre dos aspirantes
de carácter tan distinto
otro hombre se presentase ,
ni celoso , ni engreido ,
ni en extremo confiado ,
ni caviloso y arisco ,
si el famoso *justo medio*
que , siendo hoy dia el prurito
de tantos hombres de estado ,
nunca pueden conseguirlo ,
viniera á nuestro socorro;
si en medio de este conflicto
de opiniones encontradas
se ofreciera de improviso...
así... un tercero en discordia ,
que desenredando el hilo
sentenciase en su favor
este singular litigio;
si fuera en fin tan dichoso
que ya hubiera merecido
el amor de Lucianita ,
y si fuera noble y rico
como estos dos caballeros ,
sería usted tan impío
que le negase obstinado
el premio de sus suspiros?

Ciriaco. No por cierto.

Torc. (Qué sospechas!...)

Saturio. (Ya entiendo.)

Ciriaco. Estoy decidido

á que se case Luciana
cuanto antes; y voto á Crispo
que si hoy no presenta un novio
se lo saco del Hospicio.

Rodrigo. Pues bien; ese *justo medio*,
sean ustedes testigos,
ese tercero en discordia
soy yo.

Ciriaco. Usted!

Torc. Usted!

Rodrigo. Yo mismo.

Ciriaco. Cuánto me alegro!—Un abrazo.
Pues si usted me hubiera dicho
con tiempo...—Qué dices tú?

Luciana. Que con mucho regocijo
le daré mi mano.

Ciriaco. Bien.

(A don Rodrigo.)

Sé su esposa.—Sé mi hijo.

(Don Saturio se pasea con aire de satisfaccion.)

Torc. (Se levanta.)

No puedo; no puedo mas!

Nemes. (Oh! Primero que él se largue...)

Torc. Mujeres, mujeres!... Cargue
con la mejor Satanás.

Quién fia en vuestra virtud?

Cruel, aleve, proterva,

ese pago me reserva

tu bárbara ingratitud?

Reniego de mi pasión.—

Y usted, usted, don Rodrigo,

á quien tuve por amigo,

me usurpa su corazón!

Ah!... Sea usted confiado!

Para el tonto que lo fuera.

Ni me fiaré siquiera

del padre que me ha engendrado.—

Ah Dios! Ya en odio convierto

mi amor, infausta mujer,
 y por no volverte á ver
 soy capaz de irme á un desierto.
 Bella ocasion de mi mal
 que en matarme te complaces,
 solo siento que te enlaces
 con un hombre racional;
 y que en premio de un perjurio
 tan inícuo y espantoso
 Dios no te dé por esposo
 al cáfre de don Saturio.

ESCENA ÚLTIMA.

LUCIANA. DON CIRIACO. DON SATURIO. DON RODRIGO.
 NEMESIA.

Saturio. Ba! Desahogo impotente
 de su rabia. Le perdono,
 que no merece mi encono
 por caido y por demente.—
 Con que vamos; yo supongo
 que todo ha sido una chanza...

Nemes. (Oh que bestial confianza!)

Saturio. Eh!... Yo en tu lugar me pongo.
 Cómo libertarnos de él
 sin esa farsa?... Si digo
 que las mujeres!... Rodrigo,
 has hecho bien tu papel.

Rodrigo. Qué papel? Nada he fingido.

Saturio. Basta. Ya es mucho moler...

Rodrigo. Lucianita es mi mujer.

Luciana. Don Rodrigo es mi marido.

Ciriaco. Y ya no hay apelacion.

Saturio. No? Pues como soy cristiano...

Rodrigo. Y ahora va á darme la mano...

Luciana. La mano y el corazon.

(*Danse las manos.*)

Saturio. De veras?

Nemes. Lo dicho, dicho.

Yo les doy mi parabien.

Saturio. Bien... No me opongo... Muy bien...

(Vaya, que es raro capricho...)
(*Se queda pensativo.*)

Nemes. Ahora para celebrar
eleccion tan acertada
nos espera una ponchada
que he mandado preparar.

Saturio. (*Con sonrisa forzada.*)
Ponchada? Bien! Es muy justo...

Rodrigo. Vamos, no estés afligido.
Yo siento...

Saturio. No. Distraido...

Ciriaco. Ven, hombre.

Saturio. Con mucho gusto.

Nemes. Victoria por don Rodrigo!

Rodrigo. (*Dirigiéndose al gabinete.*)
Mi bien!...

Luciana. Mi amor!...

Saturio. (*En voz baja á Nemesia.*)

Todavía

no han ido á la vicaria.—

Aun se ha de casar conmigo.

FIN DE LA COMEDIA.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de Censura de los teatros del Reino, en 3 de Mayo de 1850.

ion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hom-
lo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoraria.—Hon-
vecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija de
Gil.
ovisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
d.—Ya murió Napoleon.
o II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
ia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepoel Veronés.—
Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
es de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lóndres.—
gida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—
Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos primos.—
—Luis y Luisito.
Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Mekbet.—Mansion del crimen.—Mar-
á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
de la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
del Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
s extraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios,
i empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
os de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Ala-
Moedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gazmo-
mujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de esgrima.—
o de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del corazon.
l tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
amor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
e verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.
ar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
tra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
lo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bai-
aria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual
anza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.^a parte.—Pelo de la
2.^a parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla
celona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patri-
illuelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre preten-
—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—
explicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—
libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe
na.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Pröscripto.—Prottestante.—Pruebas de amor con-
—Puntapié y un retrato.—Puñal del godó.—Por derecho de conquista.—Pava trufada.—
pio de un reinado.—Programa de Manzanares.
é dirán —Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—
ser cómico.—Quince años despues.—Quien á cuchilló mata.
nillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyu-
Rey monge —Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Re-
.—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdi-
—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, 1.^a
—Rueda de la fortuna, 2.^a parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retratos y ori-
s.
il.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
da dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
ra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia —Sola-
un prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—
.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, ráscale.—Sálve-
ue pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.
nto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—
de Bèngala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—
é groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Tren-
sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba sal-
—Tutora.—Tomás el montañés.
leria.— ¡¡Vaya un par!! —Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Ven-
de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Veugar con amor sus
—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence
ncias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonor.—Visionaria.—

Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la calumnia y la virtud.

Un alma de artista.—Un año y un día.—Un artista.—Un desafio.—Un día de campo.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su príncipe.—Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Barcelona.—Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de familia.—Un secreto de discordia.—Un tío en Indias.—Una aventura en los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Un no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un como hoy muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla en el go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.

Zaida.—Zapatero y rey, 1.^a parte.—Zapatero y rey, 2.^a parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160

80 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **extranjero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, en las librerías de CUESTA y RIOS, calle de Carretas y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra. - *Alcoy*, Viuda é hijos de Marti. - *Almería*, Alvarez. - *Avila*, Aguado. - *Bacete*, Ródenas. - *Almaden*, Cabanillas. - *Badajoz*, Viuda de Carrillo. - *Barcelona*, Piferre. - *Barcelona*, Fidalgo. - *Bilbao*, Garcia. - *Burgos*, Arnaiz. - *Barbastro*, Viuda de Lafita. - *Cáceres*, Menez. - *Cádiz*, Viuda de Moraleda. - *Córdoba*, Arroyo. - *Cuenca*, Mariana. - *Ciudad-Real*, Laguilla. - *Cartagena*, Berruezo. - *Coruña*, Labagi. - *Ferrol*, Tajonera. - *Guadalajara*, San. - *Granada*, Zamora. - *Habana*, Charlain y Fernandez. - *Huelva*, Osorno. - *Jaen*, Calle. - *Jerez*, no. - *Leon*, Argüello. - *Lérida*, Recxach. - *Logroño*, Verdejo. - *Lugo*, Viuda de Pujol. - *Linares*, lleja y compañía. - *Málaga*, Medina. - *Murcia*, Riera. - *Mahon*, Vinen. - *Orense*, Perez. - *Palencia*, Alvarez. - *Puerto de Santa Maria*, Valderrama. - *Palencia*, Camazon. - *Palma de Mallorca*, bert. - *Pamplona*, Ochoa. - *Plasencia*, Pis. - *Puerto Rico*, Mestre. - *Reus*, Molner. - *Ronda*, ti. - *Salamanca*, Viuda é hijos de Blanco. - *Santiago*, A. Calleja y compañía. - *Santa Cruz*, Tenerife, Povver. - *Segovia*, Alonso. - *San Sebastian*, Garralda. - *Sevilla*, Hidalgo y comp. - *Soria*, Perez Rioja. - *San Lucar*, Esper. - *Seron*, Fernandez. - *Santander*, Basañez. - *Teruel*, quedano. - *Toledo*, Hernandez. - *Talavera*, Sanchez Castro. - *Tarragona*, Nevot. - *Valencia*, varro. - *Valladolid*, Hijos de Rodriguez. - *Vitoria*, Echevarría. - *Villanueva y Geltrú*, C. Bertran. - *Vergara*, Oyarvide. - *Zaragoza*, Viuda de Heredia y Yague.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Figaro: cuatro tomos en 8.^o marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Arago: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios útiles á la enseñanza pública.

Poesías de D. José Zorrilla: 13 tomos que se espendeden sueltos, 220.

— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 10.

— de **D. Tomás Rodríguez Rubi**: un tomo, 10.

Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 10.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron y tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.^o

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.